

PARROCO y FUNDADOR

Don Pedro Legaria, un Sacerdote santo

Pedro García
Misionero Claretiano

Contenido

Ambientación, 3

II. HACIA EL ALTAR

Tudela, 5

Una niñez difícil, 5

El Estudiante Seminarista, 6

Pisando la cima, 6

Sacerdote para siempre, 7

Escarceos parroquiales, 7

En el Seminario, 7

II. UN PARROCO SIN PAR

A empezar sin más, 9

Murchante, 9

Un pueblo formado en el Catecismo, 10

El confesonario, 11

El Sacramento del Amor, 12

“Pedro del Sagrado Corazón”, 13

En la Madre Inmaculada, 14

Los enfermos, 14

Testamentos bien hechos, 15

Los pobres, 16

Los Ejercicios Parroquiales, 16

Las vocaciones, 17

La contradicción, por fuerza, 18

La República, 19

Legaria, señalado a dedo, 20

El momento más temido, 20

Y el sufrimiento mayor, 21

Semblanza, 22

En la escuela de Loyola, 22

Hombre de la Iglesia, 23

III. EL FUNDADOR

Los primeros sueños..., 24

Aurea, 25

Angeles, 26

María, 27

Doce años de gestación, 29

Tocando la meta, 30

El trigo en el surco, 31

El espíritu de la Congregación, 32

Don Pedro y los Ejercicios, 36

Y llegó el gran día, 37

El Amo en su Casa, 38

El adiós a la Parroquia, 39

Aquellas heroínas primeras..., 39

Formando a sus hijas, 40

El viaje a Roma, 41

Hacia el ocaso, 42

El final de un santo, 43

Ambientación

Ha despuntado la primavera. Por la carretera que discurre en medio de una vega feracísima, entre hortalizas, árboles frutales, viñedos y trigales, un joven sacerdote -dicen que tiene 27 años- va caminando con la cabeza llena de pensamientos grandes, divinos casi, que recordará muchos años después:

“El día 24 de Marzo de 1906 será para mi alma de recuerdos imborrables. Solo, pero con el corazón henchido de gozo, después de contemplar las lágrimas de cariño que mi ancianita madre vertía, salí camino de Murchante, mi querido pueblo, más querido que ningún otro. Forjaba planes por el camino, anhelaba con todo mi corazón trabajar mucho, mucho, mucho por llevar las almas al Corazón de Jesús, a la Sagrada Eucaristía, a la Inmaculada. Estas eran, aparte de otras, mis ilusiones más queridas. Gocé mucho en este camino, solito con mi Dios. ¡Cuánto quiero quererlo!”...

Y lo va a querer de verdad. Detrás quedaba Tudela, donde había nacido. Los cinco kilómetros que separan las dos poblaciones los recorrerá multitud de veces -con frecuencia a pie, como hoy- y siempre con los mismos ideales de mucha gloria de Dios y anhelos insaciables de la salvación de los hombres. Sube como Párroco a Murchante, y bajará siempre a Tudela como Fundador. Durante treinta y seis años, su vida se centrará en estos dos polos, hasta que se establezca definitivamente en la primera Casa de Ejercicios de las Esclavas de Cristo Rey. Aun así, desde Tudela continuará siendo el Párroco titular de Murchante durante varios años más, hasta que el Obispo le exonere totalmente del cargo.

Hace sólo dos años que ha subido a la cátedra de Pedro el Papa Pío X, un cura de pueblo, que seguirá siendo siempre “un buen cura”, como él mismo decía bromeando. Para Don Pedro Legaria será un modelo inspirador. El joven Párroco asumirá todas las directrices del Papa con una fidelidad ejemplar. El decoro del culto, el Catecismo, la Comunión de los niños, la Comunión frecuente y diaria, la piedad parroquial en todas sus formas... Pío X lo marca de modo indeleble, hasta el final de su vida. En el cuarto que ocupaba en la Casa de Ejercicios se ve todavía hoy el cuadro con la fotografía del querido Papa San Pío X, que recogió su último suspiro en la tierra antes de juntarse los dos en el Cielo.

Toda la actividad de Párroco y de Fundador de Don Pedro queda resumida en este lema, conocido por tantos testigos y que él se repetía muchas veces como cifra de todo su ideal:

“Consumirme y agotarme en todo mi ser, físico, intelectual y moral por la gloria de Dios y la salvación de las almas”.

El cuadro de su vida resulta sencillo en extremo, enmarcado geográficamente por **cinco** kilómetros, con la única ausencia de sólo cuatro meses en un puesto algo lejano.

1878. Nace el 2 de Junio en Tudela, Navarra, España.

1902. El 20 de Diciembre es ordenado de Sacerdote.

1904. Coadjutor de la Parroquia de Paracuellos de la Ribera.

1906. Párroco de Murchante.

1915. Primeros pasos de la Fundación, que desembocará en las Esclavas de Cristo Rey.

1928. Se inaugura en Tudela, el 15 de Junio, la Casa de Ejercicios Espirituales.

1942. Deja de residir en Murchante, y se traslada definitivamente a la Casa de Ejercicios, para dedicarse del todo a la Obra de las Esclavas Cristo Rey.

1956. Muere en Tudela, el 30 de Septiembre.

Es la vida que vamos a conocer, en sus rasgos principales, a través de unas páginas breves.

Hay que decir desde un principio que todos los datos están tomados del Proceso de Beatificación y de los libros del Padre Javier Baztán y Madre María Asunción Ursúa, aparte de recuerdos personales y de testimonios recogidos de paisanos murchantinos. Librito de pura divulgación, y no de crítica, las citas de las fuentes sobran del todo.

El avisado lector notará que le es imposible al autor sustraerse a los sentimientos que le causan tantos recuerdos de su niñez, pasada a la sombra benéfica del santo Párroco, y de las visitas, espaciadas pero intensas, que le pudo hacer, ya de sacerdote, hasta los últimos días en la Casa de Ejercicios. Recuerdos que le siguen llenando el alma...

Pedro García Cmfi

I. HACIA EL ALTAR

Es necesario empezar por el principio. Porque los principios condicionan la vida entera. Antes de contemplar al Párroco y al Fundador, hay que detenerse en el niño y en el seminarista. Aquí está el germen de todo. La familia y el seminario, con su formación humana y espiritual, nos hacen vislumbrar al futuro santo. ¿Cómo fue el niño y el joven Pedro Legaria?...

Tudela

Simpática, bella, atrayente, Tudela es la ciudad en que se centra la Ribera de Navarra, clásica Provincia española colindante con Francia y madre de hombres ilustres, como la figura señera de Francisco Javier.

Tudela, situada en la margen derecha del Ebro, ve extenderse delante de sí una zona agrícola privilegiada hasta las estribaciones casi del majestuoso Moncayo. Sus abundantes hortalizas, árboles frutales, extensos olivares -hoy casi en extinción- y los dilatados viñedos que producen caldos de grado muy subido, han sido siempre para Tudela y la comarca una abundosa fuente de riqueza, a la que modernamente se le ha añadido un fuerte polígono industrial. Por carretera enlaza con Zaragoza y Pamplona, y el ferrocarril la une fácilmente con Barcelona, Bilbao y Madrid.

De su clásica Mejana arranca el puente del Ebro, y la población está dominada por dos colinas coronadas por sendos monumentos al Corazón de Jesús y al Corazón de María, en cuya construcción los tudelanos derrocharon imaginación, dinero y entusiasmo, exponente vivo de su religiosidad nunca desmentida. Porque el tudelano y el ribereño, de sangre caliente, lo mismo se arrodillan en la iglesia para rezar que atestan la plaza de toros para divertirse con las reses bravas del vecino Murillo del Soto.

Religiosamente, cuenta con Catedral -cuya puerta del Juicio es una verdadera joya-, varias iglesias, conventos y Colegios importantes, como el de los Jesuitas y el de las Religiosas de la Enseñanza, uno de los primeros de la Orden en España. Es Diócesis, aunque siempre estuvo regida, como Administradores Apostólicos, o por el Obispo de Pamplona o el de Tarazona. Hoy el Arzobispo de Pamplona es también Obispo de Tudela. En los días que nos toca historiar, la ciudad contaba con unos quince mil habitantes, ahora holgadamente duplicados, y en el plan eclesiástico estaba administrada por el Obispo de Tarazona.

En esta Tudela viene al mundo Pedro Legaria. Marcado por su tierra, será un hombre y un cura fogoso, entusiasta, emprendedor, generoso, valiente, aunque sabrá moderarlo todo con la amabilidad y dulzura de los santos.

Una niñez difícil

En lo más céntrico de la ciudad, a la sombra de la Catedral y frente por frente del Mercado, Pedro Legaria y Teodora Armendáriz disfrutaban de un matrimonio tan feliz como humilde. El taller de zapatería da lo suficiente para tener la mesa abastecida y llenar las bocas de los cuatro pequeños que han llegado como una bendición del Cielo. El primero, Eloy. Después, nuestro Don Pedro, nacido el 2 de Junio de 1878. Bernardina, que acompañará siempre a su hermano sacerdote, es la tercera; el último, Tomás, será sacerdote también y morirá joven, siendo Coadjutor de su mismo hermano.

Todo discurre como un idilio en aquel hogar ni envidiado ni envidioso, hasta que llega el dolor inesperado. Teodora queda destrozada con la muerte de su esposo, y ahora tiene que habérselas como un titán para sacar a flote a los cuatro pedazos de su corazón deshecho. La pequeña tienda

que ha puesto en el Mercado no da lo suficiente y confía el segundo de los hijos, Pedro, a la Casa de Huérfanos.

Pedro es espabilado, y aprende sin dificultad las primeras letras. La madre deposita en su corazón las mejores esencias cristianas, y el Capellán del establecimiento percibe una posible y óptima vocación para el sacerdocio. La madre se siente orgullosa: *¡Si este mi hijo fuera sacerdote!...*

El Estudiante Seminarista

Con solo once años, y ofreciendo las mejores garantías, Pedro ingresa en el Seminario diocesano de la misma Tudela, plantel de sacerdotes insignes y de profesores y alumnos muy significados.

Nuestro Pedro va a ser, en los doce años que le esperan, un seminarista cabal. *Pobre* de dinero, desempeñará cargos humildes para compensar los gastos que se hacen por él. *De ingenio vivo*, y con una aplicación al estudio extraordinaria, sacará siempre las mejores calificaciones. *Piadoso*, deja vislumbrar ya al sacerdote santo. Un compañero de toda la carrera, y Jesuita después, lo compendia todo en estas palabras de oro: *Tenía todo cuanto pudiera desearse en un seminarista, y esto en grado superlativo.*

El cargo que se le confió para ayudarse en sus estudios fue el de más confianza de todos: la portería. Y lo desempeñó a perfección. Los Superiores se sentían seguros y los compañeros, los externos sobre todo, se vieron constreñidos a ejercer su sentido de responsabilidad. Hasta que el Rector cae enfermo y el Obispo, Don Juan Soldevila, el futuro Cardenal asesinado en las calles de Zaragoza, se entrevista con el canónigo Don Mateo Gómez Estañán:

- *Estoy preocupado, y no sé qué resolución tomar. Tiene que hacerse cargo usted de la rectoría del Seminario.*

- *¿Yo, Monseñor? ¿Más obligaciones todavía encima?...*

- *Entonces, ¿qué solución me propone?*

Don Mateo fue el padrino, y casi un padre de Legaria desde el principio hasta el fin de su vida. Conocía el tesoro que Dios había confiado a su bondad y a sus cuidados. Y propuso sin más al Prelado:

- *¿Por qué no se piensa en Pedro Legaria? Aunque Estudiante todavía, pero íntegro en su proceder, prudente y aceptado tanto por Superiores como por compañeros, ¿no podría ser mi ayudante?*

Don Mateo descargó en Legaria el peso mayor, y el Rector interino vino a ser ayudante del Rector en funciones. ¡Un seminarista con semejante papel!...

Pisando la cima

Se acercaban las Sagradas Ordenes. Legaria sabe tocar de pies en tierra, y la ilusión se ve mezclada con preocupación. Pide consejo, se decide, y escribirá años después:

- *Me ordené de subdiácono después de consultar mi vocación: estoy satisfechísimo. Si naciera treinta veces, otras tantas sería sacerdote.*

Pobre, no tiene recursos para ordenarse con el título que exige la Iglesia. El incondicional Don Mateo le soluciona el problema. Es el mismo Canónigo que le dejará después todo lo suyo en testamento y que Don Pedro, al morir su bienhechor, entregará al Papa en sus propias manos con destino a las Misiones y otras obras de caridad a elección del mismo Pío XII.

Pero, más que el dinero como título, al Ordenando le preocupa su disposición espiritual. Y se prepara muy a conciencia. La página de sus propósitos es oro puro y no tiene desperdicio:

- *Levántate:* con prontitud, constancia y devoción. *Medita:* con cuidado y fervor. *Los Libros Sagrados:* léelos muchas veces y fervorosamente. *Oye la Misa:* con gravedad y reflexión. *Ora vo-*

calmente: en privado, con ansia y tranquilidad. *Usa del examen general*: procediendo con orden y en serio. *Usa del examen particular*: sin intermisión y sabiamente. *Los Sacramentos recíbelos*: muchas veces y bien. *Las jaculatorias*: úsalas con frecuencia y fervor. *Ejercítate en las devociones que hayas elegido*: brevemente y con suavidad. *En el comer*: hazlo con templanza, modestia, y sin excederte. *Recréate*: honesta, humana y alegremente. *Duerme*: pronta y devotamente. *Estudia*: con orden y seriedad. *Conversa*: amigablemente y con utilidad. *Vigila*: asidua y discretamente.

Es un programa que desarrolla con fidelidad ahora, como preparación para el sacerdocio, pero que va a ser patrón y norma de toda su vida después.

Sacerdote para siempre

Así fue. El 20 de Diciembre de 1902 era ordenado sacerdote en Tarazona, y al día siguiente, 21, y sin esperar la solemnidad de Navidad, celebraba su Primera Misa en la Iglesia extramuros de los Padres Capuchinos de Pamplona. ¡Lo que va a ser la Santa Misa en la vida de Don Pedro! Nos lo dirá él en unos apuntes de 1934:

- *Celebrar la Santa Misa con todo el amor de mi corazón; así lo hago siempre. Es donde más gozo y donde más sufro la percepción de tentaciones y miedo. Es toda mi dicha. ¿Qué tiene que ver la dicha del anciano Simeón con la mía?...*

Todos los testimonios del proceso abundan en la misma afirmación: su Misa era especial. Quien esto escribe, habla de sus impresiones de niño. Monaguillo pequeño, veía a Don Pedro de perfil en la elevación. No se me borra aquel rostro encendido, fijos los ojos hacia el cielo, clavados en la Hostia y en el Cáliz. Cada día era una verdadera transformación.

Cincuenta y cuatro años por delante para celebrar Misas, repetirá este acto de fervor más de diecinueve mil veces..., aunque el enemigo malo le quiera abrumar -sabemos sus mismas palabras- con *tentaciones y miedo...*

Escarceos parroquiales

Un año en Tudela, ayudando en la Parroquia de la Catedral y prodigándose en un ministerio que le llenaba el alma: *Mi corazón ardía en deseos de dar gloria a Dios y ganar almas para el Cielo*. Así, hasta que le llega el primer destino.

Aunque diócesis diferentes Tudela y Tarazona, el Obispo tiene libertad para enviar a los sacerdotes indistintamente a una u otra. Y Don Pedro marcha, joven y lleno de ideal, a Paracuellos de la Ribera, Zaragoza, por la simpática comarca de Calatayud. Va como Coadjutor, y los pocos meses que allí permanece resultan una experiencia muy enriquecedora. Sermones fervorosos, confesonario, fomento de la Comuni3n... Comienza a correr la fama por los pueblos de la comarca de que tienen cerca un gran predicador. Todos están muy contentos, todos se ilusionan, y antes de cuatro meses vienen las quejas, las protestas y las presiones al Obispado:

- *¿Por qué nos lo quitan tan pronto? ¡No se lo lleven, que está haciendo mucho bien!*

Pero la orden era terminante. A don Pedro se le necesitaba en el Seminario de Tudela. Y en el mes de Junio abandonaba Paracuellos, del que escribirá después:

- *Trabajé algo de lo mucho que mi corazón deseaba. Poco duró mi estancia en este pueblo, al que siempre guardé afecto por ser las primicias de mi apostolado.*

En el Seminario

Don Pedro había dejado en el Seminario un recuerdo muy difícil de olvidar. Y se pensó de nuevo en él, ahora ya como Sacerdote y no como un simple Estudiante, por muy aceptado que hubiera sido antes. Al pobre muchacho le caen encima unas cátedras tan dispares como la de

Lógica, Ética, Derecho Canónico y Sagrada Escritura. Aparte de que sus arrestos ministeriales le empujan a darse con ardor al trato directo con las almas en las Parroquias de la ciudad. Los Superiores que mejor le quieren aspiran a verlo investido de honores. Le proponen ante todo sacar en alguna Universidad el Título necesario para la docencia, hacer oposiciones para canónigo, y, después, vendrá quizá lo mejor... Pero Don Pedro tiene bien definida su trayectoria: *¡Párroco!*
¡Párroco!...

II. UN PARROCO SIN PAR

Treinta y seis años de Párroco residencial —y varios más de titular, sin cuidado directo de la Parroquia, pero siguiéndola siempre con inquietudes nacidas del amor y del celo—, hacen de Don Pedro Legaria un Cura excepcional. Esos abundantes años van a colmar una vida sacerdotal pletórica de gracia divina y de frutos sazonados. Cuando no pueda trabajar en ella directamente, rezará y se ofrendará en sacrificio. Porque, al decir de un testigo bien cualificado, “*tenía la Parroquia muy metida en lo más íntimo del corazón, la quería con delirio y por ella velaba y se sacrificaba*”.

A empezar sin más

Aquel 24 de Marzo de 1906, escribirá después, *marché a Murchante solo, andando, creo que con mucha alegría -el solo recuerdo me alegra ahora-. Aquella misma tarde me puse a confesar. ¡Qué alegría!*

Al día siguiente se ofrecía al pueblo en su primer sermón, que iba a producir sentimientos encontrados. Una buena mujer:

- *¡Pero si nos han mandado un Curita recién escudillado!...*

Y otros:

- *¡Pues vaya predicador! ¡Qué fervor! ¡Qué entusiasmo!...*

En uno de aquellos sermones primeros arrancó un aplauso al público. Y Don Pedro, sin impacientarse, sereno, con un gesto de agradecimiento, pero humilde:

- *¡No! Nada de aplausos. En la iglesia sólo se aplaude al Señor.*

Tan bien aprenderán los murchantinos la lección, que muchos años después lanzó Don Pedro un fervoroso *¡Viva Cristo Rey!* en medio del sermón y nadie se atrevió a contestarlo.

Su predicación apostólica le ganó desde el principio todas las simpatías. Un campesino sin doblez, fiel parroquiano siempre, declarará en su ancianidad:

- *Predicador fogoso, le acompañaba todo, pues tenía una voz estupenda. Si venía algún predicador a Murchante, tenía que ser muy bueno para que nos diera gusto, y ninguno nos daba, pues estábamos acostumbrados a cosas mejores.*

Total, que de buenas a primeras se encerraba Don Pedro en el puño a los 2.300 escasos habitantes del pueblo —hoy han llegado a su máximo de 3.000—, a los que se dará con pasión divina.

Murchante

Como se ve, una Parroquia campesina ideal. Ni tan grande que no se puede atender bien, ni tan pequeña que no es capaz de entusiasmar. Don Pedro le va a consagrar su vida entera con empeño de santo y celo de apóstol.

Murchante, un pueblo típico de la Ribera de Navarra. Por aquel entonces, campesino cien por cien. Pero la mayor riqueza no le venía ni de la huerta opulenta ni de los trigales dorados o de los olivares, sino del terreno pedregoso llamado *monte de las viñas* -aunque no tenía nada de monte- que daba unos vinos fuertes de muchos grados, con una cosecha anual oscilante en los seis millones de litros. Hoy han desaparecido todas las bodegas familiares para dar paso a la gran Cooperativa, que luce presumida su eslogan, mirando a la carretera: *Quien a Murchante vino y no probó el vino, ¿a qué vino?...*

En este pueblo vamos a ver a Don Pedro desenvolverse durante treinta y seis años, aunque siga después bastante más tiempo como Párroco Titular. Falta mucho aún hasta 1952, cuando, al celebrar sus Bodas de Oro Sacerdotales, la Municipalidad lo declarará HIJO ADOPTIVO del pue-

blo. Un Don Pedro en los altares el día de mañana, como lo esperamos, ligará el *Legaria-Murchante* como se liga *Vianney* con *Ars...*

Un pueblo formado en el Catecismo

-¿*Por dónde comienzo?*, se preguntaba Don Pedro. Y la respuesta la tuvo inmediata a flor de labios. La instrucción religiosa, lo primero de todo. Por lo mismo, a organizar la catequesis de manera eficiente.

Llevaba sólo siete años en la Parroquia, y publicaba los datos *El Mensajero del Corazón de Jesús*. La catequesis consta de 34 catequistas, que forman otras tantas secciones, veinte de niñas y 14 de niños. Acuden con regularidad trescientos setenta niños y niñas de cinco a catorce años, de modo que ocupan la Iglesia con sus dependencias, aparte de siete secciones en la Escuela de Niñas que está contigua a la Iglesia y las del Colegio de las Religiosas. Esto, cada domingo y varios días por la tarde entre semana durante la Cuaresma hasta la Ascensión, día de las Primeras Comuniones.

A la vez que se enseñaban las lecciones, se formaba a los niños en la piedad y se les disponía a recibir la Primera Comunión en edad tempranísima. Eran los tiempos felices de San Pío X en la Sede de Roma, y Don Pedro seguía al pie de la letra las orientaciones del querido Papa.

Aún faltaban cuatro años para que los tres pastorcitos de Fátima sacudieran las conciencias con sus oraciones y sacrificios en desagravio al Señor y por la conversión de los pecadores. Pero en la catequesis de Murchante iban un poco adelantados... Las niñas mayorcitas captaron el mensaje del Párroco e instructoras, y se propusieron hacer jaculatorias y sacrificios durante todo el mes de Junio. Amaestradas un poco, iban anotando lo que hacían. Al final, escribía Don Pedro:

- *Me han entregado 139 cuentas, y desisto de sumarlas porque tendría que contar muchas piedrecitas, una infinidad de nudos echados en cordones, la mar de líneas trazadas en papel de chocolate, cientos de puntos microscópicos marcados en papel, un librito de examen particular doblados todos sus picos y un sin fin de papeles llenos de números, en los que es raro encontrar bien colocados los sumandos.*

Como se ve, la formación cristiana de los niños iba encaminada hacia el amor al Corazón de Jesús y a la Virgen, la oración y los Sacramentos. Pero puso en la base el temor santo de Dios - hoy quizá más olvidado de la cuenta-, siempre necesario como un salvavidas seguro. En los Ejercicios anuales a los niños, consistentes en un acto al anochecer, había que ver a Don Pedro, cubierto con el bonete y sentado gravemente en el presbiterio, cómo describía la desgracia del que se había perdido y la manera con que hacía oír su rugido al entrar en el Infierno:

- *¡Me he condenado! ¡Y para siempre!...*

A los niños de entonces nos iba a costar mucho el olvidar semejante grito...

Era lo que el mismo santo Párroco llevaba dentro. A pesar de su fervor y amor apasionado a Dios, vivía en un santo temor muy saludable. En unos apuntes dejó consignado este parrafito aleccionador:

- *¡Oh Jesús! ¡Oh amante de mi alma! Tú formas el centro de mis aspiraciones, la esperanza de mi vida, la vida de mi esperanza, el consuelo de mis tristezas. Y si pecco, ¿estaré sin Ti una eternidad?...*

Cuando miro tu Corazón, que es el embeleso del mío, me arrebatas; cuando beso tu costado y bebo tu sangre, me muero de amor y mi cabeza cae sobre tu corona. Y si pecco, ¿no te besaré en el Cielo?

Cuando te tomo en mis manos, te digo encantado: ¡Ven, Pequeñin! Y apenas te he tocado, me quema tu fuego. Y si pecco, ¿no te abrazaré en el Cielo?

¡Mátame, Jesús, pero no más pecar!...

Así era Don Pedro. Y así formaba en el catecismo. Los resultados de esta instrucción catequística y de esta formación espiritual estaban a la vista...

En la celebración del Congreso Diocesano del Catecismo en Calatayud, organizado por el Obispo Doctor Isidro Gomá, próximo Cardenal Primado de Toledo, le llamó la atención al Nuncio Tedeschini la ponencia de Don Pedro Legaria, ponderada y expuesta con ardor.

- *¿Quién es ese sacerdote?*, pregunta intrigado el Nuncio. Y el Obispo:

- *¿Ese sacerdote? Uno de los mejores que tengo en la Diócesis y el que mejor lleva la catequesis en su Parroquia.*

Un poco peligrosos podían resultarle a Don Pedro los amores del Nuncio, pero el reflejo de las mitras, si se asomó alguna vez, no se detuvo nunca sobre su cabeza...

El confesonario

Desde la Misa primera hasta después de la tercera por las mañanas, y bastante antes del Rosario al atardecer hasta entrada la noche, estaba clavado cada día el Párroco y alguno de los Coadjutores en el confesonario a disposición de los penitentes. Con el Rosario en la mano y un libro o algunos apuntes para los ratos libres, Don Pedro no se movía de su puesto de honor. Los testimonios en el Proceso son abrumadores, tanto que esto -como se ha dicho autorizadamente-, tomado día tras día sin fallar uno si quiera a lo largo de treinta y seis años seguidos, debe ser calificado de heroico sin más.

Acabada una Misión, en el acto de clausura, los dos Misioneros Jesuitas ven con emoción cómo el celoso Párroco se arrodilla en el presbiterio, extiende los brazos en cruz, y se dirige gritando patéticamente a sus feligreses:

- *¡Matadme en el confesonario!*

En sus apuntes figura este propósito: *“Trataré a los penitentes como buen padre”*. Y lo era de verdad en la dispensación del Sacramento.

Confesor y director espiritual eximio, se ganará elogios como éste de una religiosa, que decía: *A los once años me confesé con él y sentí una verdadera transformación. Ya no lo dejé más. Tenía un don extraordinario para comunicar a las almas el fuego del amor en que ardía su corazón.*

Y eran extremos su delicadeza y desprendimiento. Los sacerdotes que traía a la Parroquia venían para algo más que para predicar. Los llamaba sobre todo para que los fieles tuvieran facilidad de confesarse. Y para que nadie se sintiera cohibido y lo pudiese hacer con toda libertad, Don Pedro en aquellos días se retiraba de la iglesia y exigía lo mismo a los Coadjutores. Se podrían citar testimonios en abundancia, pero valga por todos el del conocido jesuita Padre Lamamié de Clairac:

- *No he encontrado nunca un pueblo mejor preparado en doctrina que Murchante y que hiciese las confesiones con más conocimiento del sacramento y exactitud en la manifestación de las culpas. Ni sobraba ni faltaba una palabra en ella. Todos se confesaban solos y no había que hacerles ni una sola pregunta. La Misión fue de las mejores que di en mi vida de misionero. Y eso no se improvisa, es labor paciente y constante de un gran párroco.*

Podríamos distinguir muy bien la confesión y la dirección espiritual. Don Pedro supo atender con esmero a las almas selectas que Dios ponía en sus manos. Para ellas tenía tiempo especial, desde las cuatro o las cinco de la tarde hasta las siete. Evitar hasta el pecado más pequeño, practicar la oración con asiduidad, crecer en todas las virtudes cristianas, hacer de la vida una consagración a la Inmaculada y al Sagrado Corazón de Jesús, eran los ideales que inculcaba con celo de santo.

- *¿Sabes para qué he nacido yo?*, le preguntaba Don Pedro a una dirigida suya. *Yo he nacido para estar preso, preso en el confesonario.*

Y de aquel confesonario salió un grupo selectísimo de almas: hombres católicos de primera; esposas y madres estupendas; niños para los seminarios; puñados de muchachas para la vida consagrada, y, algunas, fundadoras de una nueva Congregación religiosa, destinada a hacer tanto bien en la Iglesia, y de las que escribía Don Pedro: *Tengo preparada una nidadica que van a dar mucho que hablar...*

El Sacramento del Amor

Si en la parroquia había una fuente de donde dimanara toda la vida cristiana y una cima en la cual todo había de terminar, era ciertamente la Eucaristía. Don Pedro, enamorado del Señor Sacramentado, supo arrastrar a todos hacia la Comunión y formar en torno al Sagrario una corona espléndida de adoradores. Si le preguntamos a uno de sus sucesores qué encontró en la Parroquia, nos responde simplemente:

- *¿Qué encontré? Un gran espíritu de fe, que se manifestaba en el culto a la Eucaristía, en las visitas muy prolongadas de los fieles al Sagrario.*

Y el Obispo Monseñor Argaya, que pudo conocer bien a Don Pedro:

- *Lo consideraba devotísimo de la Eucaristía. Su vida era vivir la Eucaristía.*

Los principios de su ministerio parroquial coincidieron con el principio también del pontificado de San Pío X, y el Párroco hizo suyos plenamente el pensamiento y las disposiciones del admirado Papa sobre la Comunión. La metió de tal manera en la Parroquia que asestó definitivamente el tiro de gracia al espíritu jansenista. La Comunión diaria se convirtió en práctica normal para muchas almas. Aunque le costó con las familias el meter la costumbre de la Comunión temprana de los niños. Pero al fin triunfó, ya que seguía al pie de la letra las orientaciones de aquel Papa santo.

Le ocurrió con aquel niño, a quien encuentra junto a la casa cural, y le pregunta:

- *Pedrico, ¿quieres hacer la Primera Comunión este año?*

¡Vaya noticia para un pequeño! Y le añade el celoso Párroco:

- *Pues, mira; si al final de la Cuaresma te sabes el catecismo, te la doy.*

El niño apretó los codos ante el clásico Astete y puso atento el oído en las clases. Pasada la Pascua, recibía la Comunión. Era el más “joven” de la tanda en aquel año: tenía sólo cinco años, pero el más “viejo” tenía seis...

Esto podía hacerlo, naturalmente, porque estaba asegurado el seguimiento en la instrucción del catecismo hasta los doce o más años.

El Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, en 1911, marcó una etapa gloriosa, nunca ya abandonada después. Aquel pueblo campesino de la Ribera navarra no podía competir con la Capital en multitudes y en pompa, pero podía superarla en entusiasmo y fervor. Un reportaje de *El Mensajero del Corazón de Jesús* nos recuerda vivamente aquellos días esplendorosos. Valdría la pena reproducirlo aquí para deleite nuestro. Pero nos atenemos sólo al dato de las Comuniones.

Por su edad y condiciones, había en la Parroquia unas 1.400 almas en disposición de recibir la Eucaristía. Pues, bien, las Comuniones en un día sobrepasaron las 1.290, sin contar los enfermos a los que se llevaba a domicilio. Las más de 16.000 repartidas durante el mes del Congreso, y en jornadas laborales, daban el término medio de las quinientas diarias...

Ante estos hechos, no extrañan las leyendas que confesaban la fe del pueblo. En la fachada del Ayuntamiento se leía con grandes titulares: *La potestad civil incondicionalmente a los pies de Jesucristo*. Y en la casa cural, bajo un monograma de la Eucaristía, los labios de Jesucristo proclamaban: *Os quiero mucho, murchantinos*.

Dejando atrás aquel mes del Congreso, que marcó la pauta para después, llegaremos al año 1915, del que dirá Don Pedro que “*la Parroquia estaba en todo su apogeo*”. Con los 2.300 habi-

tantes habituales de aquellos años, las comuniones diarias, muchas de hombres, oscilaban entre 310 y 350. Unas 700 los domingos. Y en las fiestas mayores llegaban a 900, 1.000 y hasta 1.300 en la del Sagrado Corazón.

Nada de extrañar en una Parroquia donde funcionaban 70 Coros del Apostolado de la Oración y donde 148 Marías visitaban diariamente a Jesús Sacramentado. Se tenía exposición con el Santísimo todo el mes de Mayo, Junio y Octubre, el Triduo de Carnaval, la Novena de la Inmaculada, todos los domingos y los Primeros Viernes de mes.

El Obispo extendió la exposición del Santísimo a todos los Primeros Viernes desde la Misa Mayor hasta la función de la noche. Comenzaba este privilegio el 5 de Febrero de ese mismo año 1915, y va marcado por una aprobación del Cielo que tendrá grandes consecuencias... Si no, que se lo pregunten a Don Pedro o a su gran dirigida la Srta. María Laporta...

No están mal estos datos para un pueblo tan pequeño y eminentemente rural, en el que su celoso Párroco llevaba solamente nueve años.

¿Demasiada piedad? ¿Demasiada devoción? Así pueden juzgarlo muchos con el criterio de hoy, pero Don Pedro exclamaba al palpar los frutos abundantes de vida cristiana:

- ¡Era un alabar a Dios!...

“Pedro del Sagrado Corazón”

La devoción al Corazón de Jesús la vivía Don Pedro de una manera apasionada e hizo de su Parroquia un emporio del Corazón Divino. Eran los tiempos del Cerro de los Angeles, de la Entronización, de la *Miserentissimus Redemptor* de Pío XI, y de los grandes apóstoles del Sagrado Corazón como el Padre Mateo Crawley y Don Manuel González...

Cuando una venerable religiosa vio el recordatorio de Don Pedro, comentó acertadamente:

- *No me extraña que aparezca aquí la imagen del Corazón de Jesús. Su devoción la llevaba muy adentro. Se notaba que vivía su consagración al Corazón divino.*

Por exigencias de la vida rural en plena cosecha de las mieses, la fiesta externa del Sagrado Corazón se celebraba siempre en la Parroquia el día 29 de Junio. Y el adorno de las calles, el repicar de las campanas y los cohetes voladores, la consabida *Comunión General*, los arcos por las calles y el entusiasmo desbordante, sobre todo en la procesión de la tarde, renovaban cada año aquella celebración del Congreso Eucarístico Internacional. La procesión no era un simple pasear la imagen del Corazón de Jesús en unas andas ante filas de espectadores curiosos. Era una masiva participación de todos los feligreses, de modo que en una crónica aparecida en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, se afirmaba con gracia: *¿Espectadores? Los Angeles. Porque todo el pueblo formaba en las filas.*

Don Pedro se entusiasmaba, y todos esperaban la arenga encendida que había de lanzar desde un balcón a todo su pueblo rendido ante el Señor.

El día mismo de la Fiesta del Corazón de Jesús, en viernes laboral, era un encanto entrar en la Iglesia. La capilla del Sagrado Corazón lucía espléndida. Los turnos de oración y las visitas al Santísimo se sucedían sin cesar. Las Comuniones durante el mes de Junio aumentaban considerablemente. Y el Párroco se preguntaba meditabundo, pero feliz: *¿Quién hace estos prodigios? ¡Sólo el Señor!...*

El Señor, naturalmente, que se servía de su fiel siervo. Sus largos ratos de oración, sus visitas detenidas, muy detenidas al Sagrario cada día, sus penitencias en desagravio al Corazón divino, su celo abrasador y la formación de almas selectas y reparadoras, eran los resortes que el Párroco ponía en las manos divinas para que ellas hicieran el resto... Así escribía Don Pedro a una de sus dirigidas, ya religiosa:

- *Se va corrompiendo la sociedad y a Murchante le toca su parte. Pero en medio de su corrupción, hay en el pueblo no pocas almas muy de Dios, que desagravian al Señor. Tengo -*

guarda secreto- treinta personas que, una cada día del mes y todas la víspera del Primer Viernes, de once a doce de la noche hacen la Hora de Reparación, lo mismo que en Carnaval y las fiestas.

Hacia el final de su vida, en las cartas y documentos a sus Religiosas las Esclavas de Cristo Rey, se firmará con santo orgullo: *Pedro del Sagrado Corazón.*

Lo adivinó el santo Obispo de Barcelona, Doctor Manuel Irurita, que le escribía a Don Pedro poco antes de morir mártir: *Nos hemos encontrado, Usted y yo, dentro del Corazón de Jesús, y no nos debemos separar nunca.*

En la Madre Inmaculada

- Pero, bendita de ti, ¿qué estás haciendo, llorar de esa manera?...

Don Pedro se lo preguntaba a una jovencita, que hoy, a sus buenos años, lo cuenta con cariño grande. Iba saliendo del templo la imagen de la Inmaculada en las andas para la procesión, y la chica estaba en la puerta secándose las lágrimas con el pañuelo:

- ¿Y cómo quiere que no lllore, con ese entusiasmo y amor a la Virgen que usted nos mete?

Así era. Del recuerdo de la madre tan buena que tuvo, Don Pedro pasó muy fácilmente a la Madre del Cielo. Para él, la Virgen fue siempre *La Inmaculada*. La amaba de veras. Le rezaba con fervor. En la confesión y dirección espiritual inculcaba insistentemente el amor a la Madre. Y el culto a la Inmaculada iba parejo en la Parroquia al del Divino Corazón. Las Hijas de María, tan activas en Murchante, eran las encargadas de mantener vivo el amor y el entusiasmo por la Inmaculada dentro de la Parroquia.

La capilla del Rosario, donde él tenía precisamente su confesonario, era de las más visitadas en el templo parroquial. Los “auroros” madrugaban mucho. Antes de ir a sus labores del campo, recorrían las calles del pueblo haciendo resonar su campana y rezando en esquinas estratégicas una decena del Rosario.

El 16 de Julio imponía siempre el Escapulario del Carmen, especialmente a los niños que aquel año habían recibido la Primera Comuni3n.

Además del Angelus, siempre al toque de campana, se metió muy adentro de las familias el rezar cada hora el Avemaría a la Virgen del Pilar, pues costaba muy poco volver la cabeza hacia el Este y adivinar las torres benditas de Zaragoza...

Los enfermos

Don Pedro tenía siempre cita junto a la cabecera de los enfermos. No se trataba de una simple visita para administrar los últimos Sacramentos. Era un pasarse la noche entera, si se preveía la muerte, sentado junto al lecho del moribundo hasta que ponía su alma en la mano de Dios. Uno de sus Coadjutores y sucesor en la Parroquia, el Rdo. Don Julio Segura, es el mejor testigo:

- Era una obsesión tremenda la que tenía por la visita diaria a los enfermos. Nos preguntaba machaconamente si la habíamos hecho en nuestra semana respectiva y él la solía hacer luego del desayuno hasta la hora del despacho. Desde que el enfermo recibía el Viático hasta su mejoría o fallecimiento, había que perder todas las noches junto al enfermo o en la habitación inmediata. Nunca lo mandó, pero como él lo hacía, hasta que convinimos en relevarle de esta carga, nosotros lo hacíamos también. Consta igualmente en el Proceso: En los años que estuvo en el pueblo, no murió ni uno sin los Sacramentos. Un día le avisaron con prisa que a una señora le había dado una angina de pecho. Don Pedro corría tanto por la calle, que ninguno le podía seguir.

Hasta dónde llegaba esta solicitud nos lo dice un caso que se hizo famoso.

En la vecina población de Monteagudo se exhumaban los restos del hoy San Ezequiel Moreno, y acudieron muchos peregrinos, entre ellos todos los Sacerdotes de la comarca. Sin previo acuer-

do, subieron los Coadjutores de Murchante, y al llegar Don Pedro, y verlos allí, soltó un exabrupto, con enojo evidente:

- *¿Cómo han podido dejar el pueblo sin ningún Sacerdote? ¿Y si alguien se pone enfermo?...*

Sin pensárselo un instante más, deja a los Coadjutores en la celebración, desanda a pie los siete kilómetros que había hecho en auto, sólo ante la *posibilidad* remota de un enfermo en aquellas horas. ¡Y... lo que son las cosas! Llega a Murchante, y mientras tranquiliza a su madre *-no se preocupe, no pasa nada; es que he dejado el viaje a Tarazona para otra ocasión-*, una voz furiosa de mujer gritando por la calle:

- *¡Que desgracia! ¡Y ningún Cura en el pueblo!*

Don Pedro, ante los gritos, se asoma a la ventana:

- *¿Qué ocurre?*

Y la voz de los gritos, ahora llena de asombro y humildad:

- *Pero, Don Pedro, ¿quién le ha traído a usted aquí? Mire, el hijo del Rullán se ha puesto a jugar en el monte con dos granadas, que han explotado y le han destrozado los brazos y las piernas; lo han traído al pueblo, y está en las últimas. ¡Corra!*

El muchacho murió..., recibidos los Sacramentos. El santo Agustino Padre Ezequiel le pagó así a Don Pedro la descortesía de no quererlo ver y dejarlo solo durante la fiesta...

Testamentos bien hechos

En el cuidado de los enfermos tenía Don Pedro una providencia especial: que no muriese ninguno sin dejar bien determinado el testamento. Y en esto fue delicadísimo y procedió siempre con un desprendimiento ejemplar. No aceptó nunca para sí ni para su obra absolutamente nada. Los bienes -casa, tierras, enseres, dinero- debían pasar íntegros a la familia. Incluso las fundadoras de las Esclavas de Cristo Rey no se llevaron consigo a la Casa de Ejercicios sino el dinero estrictamente personal. Todo lo demás quedó en el patrimonio familiar. En el Proceso se interrogó de modo especial sobre este punto a los testigos, y todos fueron unánimes: no se quedó nunca con nada de ninguna familia.

¿Cómo iba a quedarse con algo de los otros, si se desprendió hasta de lo suyo propio? Como era pobre, antes de acceder a las Sagradas Ordenes hubo de buscarse el título necesario. El Canónigo y Rector del Seminario, su padrino y casi un padre, Don Mateo Gómez Estañán, vino en su ayuda y le solucionó el problema. Después, hizo testamento a favor de Don Pedro Legaria, que en su viaje a Roma el año 1952 se llevó el dinero y lo entregó personalmente en dos sobres al Papa Pío XII:

- *Santo Padre, estas 40.000 pesetas son para la Propagación de la Fe entre los infieles, y estas otras 40.000 para que Vuestra Santidad disponga de ellas como quiera, y si puedo veré de mandarle algo más.*

- *¿Para las Misiones de infieles?* -respondió sonriente el Papa-. *Hoy tenemos muchos infieles en todas partes.*

- *Haga como Vuestra Santidad guste.*

El Papa sabría dar el mejor destino a un dinero que Don Pedro recibió, “*con libre disposición*”, en testamento. Ochenta mil pesetas entonces era mucho capital, y se desprendió de todo. No se lo quedó ni para la Casa de Ejercicios ni para sus Religiosas. Por lo visto, se contentaba para sí mismo con las 3.000 escuálidas pesetas que tenía en su cartilla al dejar la Parroquia...

Nunca tuvo dinero ni hacía provisiones para el mañana. Por eso, al proyectar la Casa de Ejercicios de nueva planta, decía que *era una locura, porque yo nada tenía. En mi Parroquia, durante mi economato, mi renta no llegaba a mil pesetas anuales, y tenía que sostener a mi madre, mi hermana, la muchacha, y siempre una o dos vecinitas pobres. Gracias a la esplendidez del pueblo, no me faltaba nunca lo necesario.*

Los pobres

En la España subdesarrollada de aquellos días, Murchante no era una excepción respecto a personas pobres. Había bastantes. Y si la caridad de Don Pedro podía ir muy lejos, los recursos eran muy pocos, pues él era de familia pobre, no tenía más patrimonio que el título de ordenación, y las entradas ministeriales eran muy modestas. Sin embargo, daba con generosidad todo lo que podía.

Cargada ya de años, contaba agradecida una venerable religiosa: *Ya sabes cómo éramos en casa, pobres y tantos hermanos. Don Pedro nos hizo llegar de vez hasta cincuenta pesetas, que entonces era una verdadera fortuna y que hoy supondrían muchos miles...*

Felicitas era una niña especial. Vecina y ayudante de la Casa Cural, era la mimada de Don Pedro. Amiga de infancia, me contaba la magnífica religiosa antes de irse al Cielo:

- *Sí; como me quería tanto y se fiaba de mí en todo, porque yo no decía nada, me encomendaba llevar secretamente el donativo a las familias necesitadas. Iba todo en sobre cerrado, pero sé que a veces contenía bastante dinero.*

Y cuando la jovencita Felicitas entró en el convento, el reparto le tocó hacerlo a la fiel Martirio Salcedo, buena concedora de aquellos sobrecitos especiales...

En una de las familias favorecidas, a las que la madre de Don Pedro atendía por orden del hijo, compusieron con buen humor esta coplilla:

Madrecica de Don Pedro,
Teodora la abuelica,
que vivas por muchos años
pa' que siga la sopica.

Un día se asustó la madre. Entra en la habitación para hacer la cama, y las sábanas que se las habían robado...

- *Pedro, ¿qué pasa, que no están las sábanas?*

- *Madre, no se preocupe. Se las he dado a una familia pobre que las necesita más que yo.*

Para desespero de la buena madre, la aventura la iba a repetir Don Pedro varias veces...

Y algo que se ha olvidado en Murchante, y que sin embargo consta en el Proceso textualmente:

- *Promovía la ayuda a las personas en paro durante el invierno por parte de las personas más pudientes del pueblo.*

Los Ejercicios Parroquiales

Don Pedro había experimentado lo que significaban los Ejercicios Espirituales en una Parroquia. Fue en esto uno de los Sacerdotes más clarividentes de España a principios del siglo veinte.

Desde el principio, y a costa de grandes sacrificios, mandaba los grupos adonde pudiera, sobre todo a una casa de campo en Cintruénigo, acomodada poco más o menos para este fin. Aquí comenzaron propiamente los *Ejercicios Parroquiales*, con aquella tanda que Don Pedro dirigió a sus parroquianos en 1913, varios años antes de que estallara con tanto ímpetu en Cataluña el movimiento del Padre Vallet. Después, fundada la Congregación y abierta la Casa de Ejercicios de Tudela, a ella iban todos los ejercitantes posibles. Y, eso sí, a practicar unos Ejercicios Espirituales netamente ignacianos.

Pero no todos los parroquianos podían asistir a unos Ejercicios Espirituales en completo retiro. Por eso, Don Pedro fue muy celoso de que en la Parroquia se celebrasen periódicamente las clásicas

cas Misiones, Novenas y otras predicaciones extraordinarias, sobre todo la Cuaresma. Capuchinos, Jesuitas, Claretianos, Carmelitas..., conocían muy bien el púlpito de Murchante.

Aunque el mejor predicador era el mismo Don Pedro con su vida ejemplar y apostólica, que confirmaba aquella su continua predicación dominical en las Misas y en las Vísperas de la tarde.

Tenemos un testigo como podrán aducirse pocos, su Sacristán por tantos años, Don Julián Fernández, el típico e inolvidable *Tío Julián*, que contaba: *Le serví de sacristán durante veinticuatro años. Como persona, era inmejorable. A mí y a todo el pueblo nos apreciaba como hermanos. Como sacerdote, era dignísimo. Virtuoso, celoso, trabajador incansable en el confesonario, predicar, puntualidad, todo lo tenía completo. Como que me atrevo a decir, y lo he dicho en cualquier parte, que mil párrocos que viniesen a esta parroquia, no vendría otro igual.*

Julián, ya ancianito, asistirá con otros compañeros murchantinos de su edad en 1970 a la traslación de los restos de Don Pedro a la Casa de Ejercicios. Están de pie, firmes, en guardia, como protegiendo a su antiguo Párroco. Julián estalla con voz emocionada: *¡Pobrecico!... ¡Cuántas veces he comido pan por él! Nunca me regañaba, ni nada, si faltaba a alguna obligación. Si alguno está en el Cielo, es él. ¡Pobre hombre!*

- *Oiga, pero, ¿por qué "pobre hombre" si está en el Cielo?*

- *Porque trabajaba mucho y daba todo lo que tenía... No predique usted tanto, le decía yo, y me respondía: Julián, no me pedirá Dios cuenta por no decir la verdad, que no soy perro mudo...*

Todos los días se quedaba en el confesonario hasta las once de la noche, si hacía falta. En los bautizos, siempre me preguntaba:

- *¿Te han dado propina? Toma dos realicos, ¡y anda!...*

Y dos reales entonces eran mucho dinero.

A cualquier hora del día lo encontraba solico rezando en la Iglesia, y le preguntaba:

- *¿Qué hace usted aquí?*

- *Pidiendo por el pueblo, Julián, pidiendo por el pueblo.*

Y sigue interpretando, con su tipismo, los hechos acaecidos:

En los años que estuvo en el pueblo no apedreó ni una sola vez. Apenas se bajó a Tudela, cayó el día de San Roque una pedregada que nos dejó en la calle, con todas las cosechas perdidas. Y los hombres me decían: Julián, si hubiera estado "tu amo" aquí, no hubiera apedreado... Y es que él ahuyentaba las tormentas a fuerza de muchos rezos.

Comentaron los testigos: *Es el mejor panegírico que hemos escuchado del Párroco Don Pedro Legaria, pronunciado por su fiel sacristán de tantos años.*

Dejamos al *Tío Julián* con su hablar castizo, y oímos a una venerable murchantina: *¿Cómo no iba a ser así? Don Pedro fue educador del pueblo y sus enseñanzas se guardan todavía. Se sacrificó por Murchante, se gastó por la gente y se preocupó de todos y de todo. No era hombre de tertulias ni de paseos, era sólo para la Iglesia, la parroquia y las almas.*

Las vocaciones

Una espiritualidad tan intensamente vivida en la Parroquia había de traer como fruto preciado la abundancia de vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada. ¿Cuántos fueron los sacerdotes y religiosas de Murchante que se entregaron totalmente a Dios? Nadie ha sacado la cuenta con rigor. Un Censor romano del Proceso dice que fueron 27 los religiosos y más de 50 las religiosas procedentes de la Parroquia. Ese 27 se refiere, según el jesuita Padre Baztán, solamente a los ingresados en los Hijos del Corazón de María. De hecho, en el Necrologio Claretiano figuran hoy veintiséis murchantinos, tres de ellos jóvenes mártires, uno de los cuales -Manuel Martínez- ya beatificado.

En cuanto a las religiosas se queda ciertamente muy corto. En su visita a Roma le dijo el mismo Don Pedro al Papa Pío XII:

- *He estado 36 años de cura párroco en Murchante, pueblo eminentemente y prácticamente católico; de él han salido muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. Sólo a las Esclavas del Sagrado Corazón he llevado más de cuarenta, todas de esta villa.*

Don Pedro, al analizar los frutos del culto a la Eucaristía en la Parroquia, dice textualmente:

- *Había por entonces unas noventa religiosas hijas del pueblo, unos cuarenta religiosos y cuatro estudiantes en el Seminario.*

Siempre dejó a sus dirigidas en plena libertad para escoger el Instituto que quisieran, aunque, una vez fundada su Congregación de las Esclavas de Cristo Rey, es natural que muchas ingresaran en la nueva Institución.

Se calcula que no bajaron ciertamente de noventa las religiosas surgidas en los días de Don Pedro. Y vino -como no podía ser menos- la queja simpática de los mozos del pueblo:

- *¡Este Cura que se nos lleva las chicas mejores!...*

Queja simpática y no tan simpática. Porque la hicieron en serio y fue objeto de más de una copla y cantares maliciosos.

Las que se iban no eran ciertamente las chicas peores, aunque ninguno de los mozos dejó por eso de casarse bien a su gusto...

La contradicción, por fuerza

Cualquiera diría, por lo dicho hasta aquí, que la vida parroquial de Don Pedro discurría por camino de rosas, y que Murchante era un refugio de la inocencia y un rincón del paraíso, o poco menos... Sería demasiado ingenuo el pensar así.

Sabemos aquella verdad de *pueblo pequeño, infierno grande*, porque el chisme y la crítica alcanzan límites de totalidad. Don Pedro era demasiado íntegro, y, naturalmente, no todos estaban conformes con su actuar.

- *¡Pues, vaya! Que el Juez, por el soplón del Cura que está detrás, meta a uno en la cárcel por una blasfemia... ¡Claro que se jura en el pueblo, como en todas partes!...*

- *Esos sermones tan largos... ¡Por algo nos salimos de la Iglesia hasta que sigue la Misa!...*

- *Mientras este Don Pedro siga en el pueblo, es inútil soñar en un salón de baile y en un cine...*

- *¡Ya está bien! Que vengan esos comediantes de fuera y no los dejen actuar...*

- *¿Y por el Cura no nos vamos a divertir en los Carnavales?...*

- *¿Don Pedro? Ya se sabe, siempre con los ricos...*

- *Y qué genio... Y qué intolerante... Y qué riguroso... Y qué si así y qué si asá...*

Era fácil prever todo esto. Porque el cumplir con su obligación de corregir los abusos, fustigar la blasfemia, velar por la moralidad pública, y estar al tanto de cuanto impidiese o retardase en las almas el crecer en la vida cristiana, era para el celoso Párroco un deber de conciencia que le atenazaba. Y el enemigo estaba al tanto...

Se le achacaba el meterse en política e influir en los partidos, cosa que nunca hizo. El propósito que consta en sus apuntes era escueto y rígido: *No hablaré de política. Impugnaré la mala con prudencia. A los demás, los dejaré en libertad.*

Bien adentrada ya la República, y cuando se acercaba el año clave de 1936, se decía en la jerga de entonces que Don Pedro rompía la *lista negra*, para cuando llegase el día...

Con lo sensible que era, Don Pedro sufría ante las incomprendiones, ante las malas lenguas, ante las amenazas... Pero sabía callar. Y ante los desmanes considerados entonces inmorales, las almas buenas, que eran muchas, se pasaban largas horas de adoración y desagravio ante el Señor Sacramentado.

La cruz acompañó siempre a Don Pedro en su caminar. O la pobreza, o la enfermedad, o el cansancio, o la incomprensión, o la crítica, y la persecución incluso.

Sin la cruz, hubiera faltado al Párroco y al Fundador el sello divino de toda obra de Dios. Aún ahora, sigue la incomprensión en torno a su persona y a su recuerdo. Día llegará en que se abrirán todos los ojos a la verdad y desaparecerá cualquier mal entendido...

La República

El 14 de Abril de 1931 se proclamaba en España la República, que nacía antirreligiosa furibunda. Murchante, como era natural, se mantuvo firmemente de derechas. Aunque hay que decir que los de izquierdas eran de familias católicas como los otros, pero las ideas políticas mandaban... Don Pedro se mantenía estrictamente neutral en su ministerio, aunque ante las elecciones avisaba muy seriamente sobre la obligación de votar en conciencia por los partidos que no perjudicasen a la Iglesia. Pero se iban a suceder en el pueblo sucesos notables que marcaban la vida ciudadana.

La imagen del Sagrado Corazón estaba entronizada en la sala consistorial, y el Alcalde se negó a quitarla. Comenzaba el inicio de las luchas secretas entre las dos fuerzas...

El 28 de Junio obligan en Tudela a los Jesuitas a abandonar el Colegio y ellos se refugian en familias de Murchante, adonde llegan detrás de ellos dos concejales izquierdistas anunciando misteriosamente:

- *Señor Alcalde, haga que los Jesuitas aquí refugiados se marchen para Veruela, porque hay en la Plaza Nueva de Tudela toda una multitud que quieren venir a lincharlos.*

El íntegro Don Manuel Martínez repone tranquilo:

- *En cosa tan importante debo antes consultar.*

Consulta que no dura casi nada, por supuesto. Pues vuelve al poquito rato y les comunica tranquilo:

- *Si quieren subir, que suban; ellos serán los responsables de lo que pueda suceder.*

Aquel atardecer -¡víspera de la gran fiesta del Sagrado Corazón, tan solemnemente celebrada siempre el día 29!- se apostaron más de cuatrocientos hombres en la carretera con pistolas, escopetas de caza, machetes, horcas, palos..., y las mujeres llenaron con piedras los capazos que escondían detrás de las ventanas... Llegó el amanecer, ¡y nada! Los revoltosos de Tudela consideraron más prudente no acercarse, por si acaso... ¿O había sido todo un cuento para atemorizar?...

El día más señalado del tiempo republicano en nuestro pueblo iba a ser el 10 de Febrero de 1932. Hacía unos días que el Gobierno de Madrid había decretado la retirada de los Crucifijos en las Escuelas públicas. Y en Murchante nadie se atrevía, ni la Guardia Civil, tan seria y responsable del cuartel vecino, a transmitir tan descabellada como impía orden. Contra su voluntad, hubo de venir la Guardia Civil de un puesto lejano, cuando ya se había realizado el tumulto. A las diez de la mañana de aquel día, los niños iban llorando y gritando por las calles:

- *¡Que nos han quitado en Santo Cristo de la Escuela! ¡Que nos han quitado el Santo Cristo!...*

Pueblo agrícola, todos los hombres estaban en las tareas del campo, y fueron las mujeres quienes se lanzaron a la calle en una manifestación sin precedentes. Enarbolando los Crucifijos, gritaban, cantaban, lanzaban vivas y mueras. Sacaban a relucir viejas canciones que enseñaban a los niños: *Queremos la doctrina que profesan nuestros padres, la que infunden nuestras madres en el tierno corazón.* La única e imprudente maestra izquierdista, que en su aula se prestó a la retirada del Crucifijo, se vio revolcada y arrastrada por los suelos...

Aquel día se colocaron los Crucifijos en las paredes del templo parroquial, y allí permanecieron hasta ser repuestos en las Escuelas el día de la Asunción de 1936, recién iniciada la guerra,

con una manifestación muy bien organizada, muy piadosa, muy concurrida, pero que nada tenía que ver con aquella explosión popular de 1932, de recuerdo inolvidable...

La autoridad judicial hizo sentir su peso implacable. Se formaron las listas, y fueron muchas las mujeres que en semanas sucesivas pasaron por la cárcel de Tudela, en la que bordaron orgullosamente cada una su pañolón de recuerdo. Todas se hicieron con un pequeño Crucifijo que llevaban al pecho, y, para que todos se enterasen bien, lo enseñaban desafiantes a los viajeros del bus Tarazona-Tudela mientras se detenía en la parada de Murchante.

Cosas simpáticas de pueblo...

Legaria, señalado a dedo

Aunque a Don Pedro todavía no le había pasado nada. Pero estaba en la mira del enemigo. El 18 de Abril de aquel 1932 bajó a Tudela, hizo sus encargos, y, ya sentado en el bus para regresar, suena amenazadora una pregunta en la Plaza Nueva:

- *¿Quién es ese Cura?...*

Parece que no fueron tudelanos, al principio al menos, los que empezaron la revuelta. Acababan de escuchar a la Pasionaria un mitin de los suyos, y ya tuvieron bastante. Iban repitiendo como energúmenos el eslogan de aquel día:

- *¡El Rosario ha pasado de moda! ¡El Rosario ha pasado de moda!...*

Bocinazos de los coches, gritos, insultos, amenazas... Don Pedro tiene el tiempo justo para salir del bus y meterse en la puerta del establecimiento que, en los bajos del Hospital, tenía alquilado Joaquín Martínez, *El Carlín*, para despacho y Administración del bus Tudela-Tarazona. El dueño y el Administrador, al que le saltan las gafas de una pedrada, tienen tiempo de cerrar el portón y esconder al perseguido. De ideas izquierdistas, pero los dos personas muy honestas, introducen al Sacerdote en el Hospital, lo meten en un cuarto inaccesible a la turba, y abren las puertas del establecimiento a la gente que se abalanza amenazadora, aunque se les ha advertido a todos que el fugitivo se ha escapado... En medio del tumulto, una mujer suelta este dictamen severo:

- *¡Llevamos ya más de un año de República y aún no se ha matado a ningún cura!*

Es un aviso que habrá de tenerse en cuenta...

Al día siguiente ha de salir de su refugio Don Pedro y le ofrecen ir de paisano y marchar por una puerta trasera. No acepta:

- *De seglar, no. ¡Así, como voy!*

Y con sotana, manteo y sombrero, todo bien a la vista, sale por la puerta principal de la Plaza y se sube a pie hasta Murchante. Valiente de categoría...

El Obispo, futuro Cardenal Gomá, se apresura a escribirle: *“La impiedad tiene buen ojo para elegir sus víctimas. No se ha equivocado esta vez. Reciba el testimonio de la condolencia de su Prelado, al par que mi felicitación porque ha sido hallado digno de sufrir afrenta por el nombre de Jesús”*.

Hay que tener presente el trasfondo del tiempo republicano en Murchante para entender lo más deplorable que le espera a su celoso Pastor.

El momento más temido

Pero faltaba lo peor. Aquellos incidentes de la República, con ribetes de tragedia, resultaban casi pintorescos. Estalló la revolución de 1936, y la cosa cambiaba de aspecto. Muchos hijos de Murchante salieron voluntarios al frente, y aunque Don Pedro los admirase íntimamente por la valentía con que iban a luchar *Por Dios y por la Patria*, se mantuvo en un silencio muy significa-

tivo. Algunos murieron o resultaron heridos en el frente y varios Religiosos murchantinos fueron fusilados en la zona roja. Doloroso, pero se aguantaba todo en el pueblo con fervor patriótico.

Hasta que llegó inesperadamente lo temido.

Aquella tarde de primeros de Noviembre se presentó en Murchante un grupo de fuera y se llevó sin previo aviso a siete hijos del pueblo, sin dejar huellas de su camino, y nada se podía hacer en su favor. Fueron fusilados aquella misma noche, y todos ellos murieron cristianamente, después de recibir los Sacramentos que les impartía el Capellán. Nada extraño, pues eran todos de familias católicas y honorables como las demás de Murchante, aunque su ideología política pareciera decir lo contrario.

El Padre Capuchino que los asistió -y me lo cuentan con las palabras textuales- comentó al salir de la cárcel:

- *¡Cuántas personas de derechas quisiera yo con una conciencia como la de estos pobres que ellos van a fusilar!*

Un consuelo grande. Sus familiares murchantinos saben que los seres queridos están en el seno de Dios...

Y el sufrimiento mayor

Sin embargo, la impresión que dejó el suceso en Murchante fue muy profunda. ¿Y Don Pedro?... A *Carlín*, el izquierdista tudelano, lo salvó porque llegó a tiempo para actuar. ¿No iba a hacer lo mismo con los de su Parroquia, si los acontecimientos no se hubieran desarrollado tan precipitadamente?...

Todos sabemos lo que significa el Cura en una población pequeña. Pero, al llegar aquí, debo limitarme a copiar las declaraciones juradas de los testigos en el Proceso, aunque sin citar los nombres. Algunos son de sacerdotes que convivían con él o le siguieron en el cargo.

Uno muy cercano: *“Hay personas en Murchante que no han querido al Siervo de Dios, por no haber impedido, según ellos, el fusilamiento de siete personas al comienzo de la guerra civil. Era que el Siervo de Dios no pudo evitarlo de ninguna manera”*.

Otro bien enterado: *“En tiempo de la guerra civil me consta que no tuvo el Siervo de Dios ninguna intervención”*.

Una familiar muy afectada: *“En la guerra civil fueron fusilados algunas personas de Murchante, entre ellos un tío mío. En el pueblo se nombraba a los culpables de estos fusilamientos, y nunca se dijo que el Siervo de Dios fuese responsable”*.

Otro testigo, buen espectador, detalla: *“Un capitán de la Guardia Civil que estaba en San Sebastián con murchantinos, les preguntó quiénes eran los republicanos cabecillas del pueblo. A siete, los mandó fusilar”*.

- Uno de los sacerdotes que pudo saberlo muy bien: *“Hizo todo lo que pudo para librar a algunas personas de la muerte, y si se dieron fusilamientos fue debido a que se presentaron algunos que se los llevaron sin conocimiento de los vecinos”*.

Esto ocurría con los que se llevaron sin previo aviso.

Pero ese mismo día seguían las detenciones, muy peligrosas, y aquí Don Pedro ya pudo actuar rápida y eficazmente. Sigo con los testigos.

- *“El mismo se hizo responsable de su pueblo ante las autoridades que buscaban a algunos vecinos”*.

- *“Después mandaron apresar a diecinueve más, entre ellos los que mandaban en la Comisión Gestora. Todos esperaban de un momento a otro que los fusilaran. Pero gracias a Don Pedro y al Alcalde que intercedieron, no los mataron”*.

- *“Trabajó para conseguir la libertad de los que habían sido detenidos y cuya vida peligraba”*.

Y cito -ésta con nombre y apellido, a Felicitas Berrozpe, la jovencita de los sobres cerrados, como recordará el lector, y que sabía bien adónde la mandaba Don Pedro-: *“Sé que algunas familias necesitadas, que tenían encarcelados algunos miembros, recibían ayuda económica de parte del Siervo de Dios”*.

Al quedar libres los detenidos, hubo uno que, sabedor de todo, y con agradecimiento y elegancia, hacía llegar los domingos el postre a la mesa de Don Pedro...

No es de extrañar su conducta en este día, cuando en otra ocasión *se trasladó hasta Valencia -copio palabras textuales del Proceso- para visitar a un encarcelado, a quien consoló en su cautiverio*.

El celoso Párroco tuvo conocimiento de las críticas que siguieron a los tristes acontecimientos, y cuyos ecos han seguido por años, pero perdonaba y olvidaba. Dice un testigo muy significado que *“por él resbalaban sin rozarle los dardos de las diatribas de los encontrados pareceres al enjuiciar su conducta”*, ya que -son palabras de Don Pedro- *“no puedo sentir animadversión por nadie y a todos recibo, porque en mis brazos caben todos, como cabían en los de Jesucristo”*.

Este fue el mayor sufrimiento de Don Pedro en su larga vida ministerial.

Semblanza

A todo esto, ¿cómo era Don Pedro? Hilvanadas todas las declaraciones de los testigos en el Proceso, nos dan un conjunto enriquecedor. Nos dicen entre todas, textualmente:

- De mediana estatura, ojos vivos, paso corto y rápido, no podía disimular el volcán que llevaba dentro, siempre a punto de estallar. Físicamente sano, y síquicamente equilibrado y sereno. Fuerte, pero dueño de sí mismo y amable, ecuánime, cariñoso y respetuoso con los demás. Hombre activo, dinámico, sencillo y afable, tenía el don de gentes y sabía captarse las simpatías hasta de sus mismos enemigos. En el trato era muy fino, atento, correcto y delicado. Procuraba siempre complacer a todos, aunque le costase algún sacrificio. Listísimo y vivo como una ardilla, su fisonomía era reflejo exacto de su carácter, y a la vez era prudente, reflexivo y constante, sobre todo constante. Era muy trabajador, muy serio y a la vez muy agradable.

Su rostro, algo colorado, se enrojecía hasta encenderse cuando se entusiasmaba.

La amabilidad que ponderan todos los testigos no le era demasiado connatural. Había en ella mucho de virtud y de esfuerzo. Temperamento sanguíneo, con fuerte dosis de colérico, hubo de hacerse abundante violencia para ser tan dueño de sí mismo.

Don Pedro no *nació* tan santo. Se *hizo* santo, que es muy diferente, prevenido y ayudado siempre por la Gracia, a la que correspondió con fidelidad heroica y constante.

En la escuela de Loyola

A esas cualidades humanas, que fueron muchas, se sumaron en Don Pedro las virtudes cristianas más genuinas. Santo es quien hace rendir a la naturaleza y a la Gracia todas sus potencialidades. Y esto lo aprendió nuestro Párroco, sobre todo, en la escuela de San Ignacio de Loyola. ¡Cuántas veces no oímos decir, con buen humor, que Don Pedro Legaría *era más jesuita que San Ignacio!*...

Formado bajo la dirección de jesuitas santos, de los muchos que pasaron por el Colegio de Tudela y por el Noviciado de la cercana Veruela -y citamos por todos a los inolvidables Padres Ubillos y Ongay-, era natural que la ascética y vida espiritual de Don Pedro fueran netamente ignacianas. Los Ejercicios Espirituales, los exámenes de conciencia, la oración y meditación, el vencimiento propio, el constante *agere contra* -ir a la contra de cualquier desorden-, sus penitencias y espíritu de sacrificio, todo estaba imbuido del espíritu del Patriarca de Loyola.

Su obra de los Ejercicios en la Parroquia, igual que la Congregación de las Esclavas de Cristo Rey, estuvieron siempre alentadas por los Padres de la Compañía.

Desde que empezó como Párroco en Murchante sintió la llamada a la Compañía de Jesús. Y vio la posibilidad de ingresar en ella cuando el Obispo le nombró como Coadjutor a su Hermano Tomás, sacerdote también muy ejemplar. Pero, ¡ay!, Tomás murió muy pronto en la misma Parroquia, dejando en ella un recuerdo tan querido...

Consulta Don Pedro con el Maestro de Novicios de Loyola, y oye la respuesta: *¿Treinta y seis años tiene? ¡Tranquilo, que hay tiempo!...* Pero ese tiempo no llegaba nunca. Y mientras tanto, Don Pedro, con la imagen de Javier en la conocida estampa, a soñar en la vida misionera dentro de la Compañía de Jesús:

- *¡Qué dicha, Señor, morir en tu seno! ¡Qué muerte tan dulce! Tendido sobre el suelo, con la señal de la victoria en una mano, enclavados en ella los ojos como otro Javier, sin cosa alguna de la tierra, con todas las del cielo, sin ojos que por mí lloren acrecentando mi dolor, pero con muchos corazones que por mí oren, aumentando la alegría de mi espíritu, sin padres ni hermanos con quienes me une la carne, pero con Padres y Hermanos unidos a mí por el amor y caridad. ¡Qué muerte tan dulce! ¡Qué tránsito tan dichoso!...*

Dejémosle que siga soñando. Esos deseos vienen de Dios: para que los sacrifique y para que aprenda. Porque el apego a la Compañía le va a enseñar a ser santo al estilo ignaciano, a la vez que le hará entregarse al apostolado de los Ejercicios en su forma más genuina.

Sus esperanzas de ser jesuita, sin embargo, no se verán defraudadas del todo.

En 1927 el Provincial Padre Azcona le manda al Padre Rector del Colegio de Tudela un Diploma que va a hacer feliz a Don Pedro:

- *¡El 31 de Julio, fiesta de San Ignacio, el Padre Provincial me dio la Carta de Hermandad con la Compañía de Jesús! Para mí constituye esto la dicha más grande después de mi sacerdocio.*

Dejó enmarcado este Diploma en su despacho, para enseñarlo con orgullo a cuantos lo quisieran ver. Y su dicha fue completa cuando en 1945 recibía la comunicación de que le habían concedido la gracia de emitir los Votos en la Compañía a la hora de la muerte. Con la emoción que podemos imaginar, le contesta al Padre Azcona, ahora Asistente de España en Roma:

- *Siempre amé a la Compañía como a mi Madre y con todo mi corazón, y a todos sus hijos como a hermanos. En su espíritu me formé desde los 14 años, bajo la dirección de Padres competentes. A todos ellos debo mi formación espiritual... Desde este momento, añadiré, leeré las Santas Reglas y las pondré en práctica cuanto pueda.*

Ahora, pues, a vivir como jesuita en la Parroquia y después en la Casa de Ejercicios.

Carácter recio, valiente, generoso y tierno a la vez, y penetrado de una gran piedad y amor a Jesucristo, a la Virgen y a la Iglesia... Así fue siempre este hijo espiritual de San Ignacio de Loyola, y así llegó a ser todo un *Hombre de Dios*.

Hombre de la Iglesia

Don Pedro manifestaba una fe grande en todas sus actuaciones. En los Superiores veía siempre a Dios, aunque la cosa no le resultó fácil muchas veces. En 1934 se quedaba sin el Obispo Dr. Gomá, trasladado a la Primada de Toledo, que para él había sido un padre y todo un amigo. *¿Quién vendrá en lugar suyo?...*, se preguntaba un tantico angustiado. Tenía razón para preocuparse, ante la situación de la Parroquia y de sus Religiosas. Pero lo miraba todo con fe. Y un día de Junio de 1935, a mitad de la mañana, las campanas de la parroquia volteaban todas a la vez de manera estentórea. Los niños que nos tiramos a la calle a ver qué pasaba, pudimos ver a Don Pedro en la ventana de su cuarto, gritándonos con el rostro encendido:

- *¡Ya tenemos Obispo! ¡Decid a todos que ya nos han nombrado un Obispo!*

Podía haber esperado a dar la noticia de otra manera y con más calma en el Rosario de la tarde. Pero, no. Un hombre de fe y de Iglesia, como él, actuaba muy a su manera. El Obispo nombrado, el santo Padre Nicanor Mutiloa, Redentorista, tendrá ocasión de valorar debidamente al Párroco de Murchante..., aunque al Párroco le va a costar mucho el obedecerle. Al presentarle reiteradamente la renuncia a la Parroquia debido a los achaques de la enfermedad, el Prelado le responde:

- *¡Cincuenta y tres días en cama! ¿Cómo va a estar recién salido de la misma? A ver si vuelve el apetito y va mejorando... ¡Si es ponerme entre la espada y la pared! Lo he pensado ante el Santísimo. Debe usted descargar el 50 por 100 de la Parroquia en sus buenos Coadjutores; y debe usted rebajar el 50 por 100 en el trabajo de la Obra...*

Para consolarlo y hacerle seguir en el trabajo, el Obispo le da una razón que sólo entienden los santos:

- *Le felicito por cuanto hace. Es lo mejor que puede hacer: ofrecer todo, todo por la gloria de Dios, haciendo su santa voluntad y por la salvación de las almas. Amor redentor es el mejor de los amores.*

De esta manera dejaba el Obispo a Don Pedro clavado en la cruz del servicio parroquial seis o siete años más, hasta que en 1942 le descargaba del grave peso y lo pasaba definitivamente a la Casa de Ejercicios de Tudela. Aunque el abandono de la Parroquia no era ni total ni sin condiciones. Dejaba como Titular a Don Pedro y nombraba un Regente. Una decisión del Prelado que iba traer como consecuencia más de un disgusto:

- *¡Ese Don Pedro, que no suelta la Parroquia para cobrarse él todo el dinero!..., decían las malas lenguas.*

Pero no era así. Porque deja el cuidado entero de la Parroquia en manos de los sucesivos Regentes, con los cargos lo mismo que con los beneficios. Hasta que el Obispo, después de varios años, exonera a Don Pedro absolutamente de todo. El Prelado no procedía de este modo por capricho. Desde el principio se daba cuenta de quién era Don Pedro Legaria, del que dirá:

- *Murchante es la mejor Parroquia que tengo en la Diócesis, y su Párroco...*

Los puntos suspensivos valían por un panegírico de muchas pesetas...

III. EL FUNDADOR

No desliguemos del Párroco al Fundador. El Relator del Proceso de beatificación lo ha dicho muy certeramente: *“La fundación de las Esclavas de Cristo Rey se presenta a nuestros ojos no como un proyecto añadido, sino más bien como fruto y consecuencia de una labor en la Parroquia consumida por el celo de las almas”*. Diríamos que la aleación del Párroco y el Fundador, como el cobre con el estaño para el bronce, nos dan la imagen cabal de Don Pedro Legaria.

Los primeros sueños...

Don Pedro nos dejó con un cosquilleo dentro al decirnos cómo estaba preparando la “nidadica” de monjas que iban a dar que hablar... ¿Qué ocurría?

Los Ejercicios Espirituales para toda clase de personas constituían para el celoso Párroco una ilusión casi obsesiva. Pero no se podía mandar lejos a los ejercitantes, los cuales, además, debían sentirse cómodos en los días de retiro. Y también, ¿por qué pensar sólo en sus feligreses murchantinos, y no extender esa gracia a las demás parroquias?...

Había dado los Ejercicios abiertos con excelentes resultados. Más de cien hombres de Murchante los habían practicado en una casa de campo de Cintruénigo, a quince kilómetros de Mur-

chante. La casa, en condiciones muy deficientes, la acomodó con espíritu un poco aventurero el Padre Rector del Colegio de Jesuitas de Tudela. Allí se celebró una concentración de más de 2.000 ejercitantes, y Don Pedro lanzó desde el balcón de la casa una de sus acaloradas alocuciones, en la que bosquejaba su idea de la Milicia de Jesús, “*Asociación que era una gracia y distinción de Dios a la religiosidad de Murchante*”.

Don Pedro soñaba a lo divino. Una Casa con cincuenta habitaciones independientes, capilla capaz, comedor, y todas las instalaciones necesarias. Para aquellos tiempos, y en un pueblo como el suyo, era una auténtica quijotada, reconocida por el mismo Párroco:

- *¡Ya lo sé! Pero estoy convencido de que Dios lo quiere, y para Dios no hay temeridad.*

La idea le parecía excelente a su director espiritual y gran amigo, el Padre Ongay, cuando oía a Don Pedro decir entusiasmado:

- *Sí, Padre. Y la llamaremos Milicia de Jesús, por la relación íntima que tendrá con la Compañía y con su fin primario de los Ejercicios.*

Para el año 1916 ya se le había convertido este sueño apostólico en una idea fija. Y, naturalmente, la posible Casa de Ejercicios debía contar con almas entregadas del todo a la Obra. ¿Unas Religiosas ya existentes? ¿Y por qué no unas fundadas expresamente para ello?...

Entre sus dirigidas contaba con varias de calidad espiritual muy superior. ¿Y si les propusiera a algunas el plan?... Reúne en la Casa Parroquial a tres chicas excelentes, de familias muy cristianas, **María Laporta, Aurea Martínez y Angeles Simón:**

- *¿Os gusta lo que os propongo? Encomendadlo a Dios. Pensadlo. Consultadlo. Pero vosotras y los consultados guardad total secreto por ahora.*

Es curioso. Las tres han querido antes ser religiosas, y las tres han fracasado en sus intentos. Poco tiempo después les dice en serio el nuevo Fundador:

- *Siempre os he dicho que sois muy libres y que obréis sin miramientos, no buscando nunca otra cosa sino cumplir la voluntad de Dios. Desde este momento os digo lo mismo: marchaos cuando queráis.*

Y sigue ahora bromeando con gusto:

- *Angeles quería ir a La Enseñanza, Aurea a las Esclavas del Sagrado Corazón, y María a las Hermanas de la Caridad. ¡Y las cosas que hace Dios! Esta Angeles que me volvía loco con sus monjíos, y, si se le facilitaba la entrada, me venía con que le daba un disgusto... Esta María hace tiempo que estaría en el convento si no tuviera la cabeza tan dura... Y esta pequeña Aurea que, cuando ya iba a entrar, te venía con que aquello no le llenaba... ¡Ya veis qué cosas que hace Nuestro Señor y para qué os quería!*

¿Quiénes son estas tres muchachas en las que Don Pedro ha puesto la mirada? Las vamos a conocer desde el principio. Nos interesa. Porque ellas encarnan el espíritu que va a marcar la Obra de los Ejercicios Espirituales y de la Congregación de las Esclavas de Cristo Rey. El cuartito junto a la sacristía que hoy las congrega será durante doce años el lugar de cita donde se van a tramitar tantos proyectos grandes para la gloria de Dios y la salvación de muchos hermanos.

Aurea

Aurea, *La Aureica*, como se le llamaba cariñosamente, es la primera en hablar con decisión aquel día en que se reúnen de nuevo:

- *Me doy toda y con todo lo mío. Esa Obra dará mucha gloria a Dios y salvará muchas almas.*

Quien dice esto es una muchacha de espíritu muy fino, privilegiada de verdad, y muy prevenida por la Gracia. Recibe la Primera Comunión muy temprano, y a los catorce años ya hacía el voto de castidad privadamente. Se entrega a la limpieza del templo, con abnegación y humildad

edificantes. De familia acomodada, gozaba en despojar de sus flores los huertos —el de su familia y el de los otros— para convertir la Iglesia en un jardín. El humorista de su padre le decía:

- *Le voy a decir al Cura que te ponga por penitencia el que hagas calcetín, a ver si así paras en casa.*

Porque su casa propia, como para Ana la del Evangelio -aunque Ana muy vieja y Aureica muy joven- era el templo del Señor...

Una empleada de la casa le dice con ingenuidad:

- *Señorita, ¿pero usted va a confesarse? ¡Si usted no tiene ni un pecadito!*

- *¡Vaya con qué me sales ahora, si supieras!...*

Aurea, enferma y a punto de muerte, se ve curada casi repentinamente por intercesión del ya fallecido Papa Pío X... Le esperaba un gran camino que recorrer.

Cuando el Obispo Mutiloa la designe personalmente General en 1941, dirá humilde y convencida:

- *¿Yo? ¡Si yo no valgo! Además, con esta sordera encima...*

Pero aceptará obediente, gobernará con la prudencia amorosa de una madre, dejará a su tiempo el cargo con humildad edificante, y su recuerdo perdurará en la Congregación envuelto en la fragancia de todas las virtudes.

Antes de morir, le encomienda a la Madre que le asiste:

- *Si me quitan el anillo de oro de mis votos, que me pongan algo que lo reemplace. No quiero marchar sin la insignia de mis desposorios con Jesús.*

El anillo fue entregado a su cristiana familia, que lo incrustó en la imagen de la Inmaculada en el oratorio familiar.

La que no ha buscado más que cumplir la voluntad de Dios en todo, nos da momentos antes de morir su última lección. A la Superiora que le visita para despedirse y le pregunta: -*¿Se quiere ir al Cielo?*, le responde casi fríamente:

- *Yo no quiero más que lo que quiere Dios.*

Fueron sus últimas palabras.

Aurea se irá al Cielo el 2 de Enero de 1956, pocos meses antes que Don Pedro Legaria, con una merecida fama de santa.

Angeles

Angeles, la otra compañera, es hija de Doña Juanita Osés, la conocida y querida maestra que formó en su escuela a tantas niñas de Murchante. Inteligente, bien formada, bondadosa y dulce, va a ser un elemento de primera en la naciente Congregación.

- *¿Angeles? Ya se sabe. Ésta ha nacido para poner paz. Humilde, nunca mete ruido. Pero es eficiente como ella sola.*

Apenas formado el primer grupo, y cuando todo era secreto en la Parroquia, se le asignó a Angeles —acorde hasta con su nombre propio— el cargo de *Angel de Postulantes*. La primera a quien ganará para la Obra y arrastrará consigo es su hermana Araceli, alma tan gemela a la suya.

En Angeles se fijarán todas para confiarle el cargo de Superiora una vez abierta la primera Casa de Tudela. Y será Superiora después en Burlada, Madrid, Covadonga y Pedreña.

El papel que habrá de desempeñar Angeles no será muy agradable, sino una cruz muy pesada. Porque le van a tocar años muy difíciles con la República, la contienda civil y la postguerra. Sus apuntes reflejan toda la angustia que lleva en el alma, pero está muy respaldada por la oración y sacrificios de María, igual que por el consejo prudente y el amor de Aurea.

Le caía bien el cargo, para el que estaba dotada de un espíritu verdaderamente maternal. Era tan primorosa en los detalles de su vida con las demás como lo era para hacer flores y bordar. Y todas saben dónde está y cómo actúa en sus ratitos libres:

- A Madre Angeles la veréis o con el Kempis en la mano o ante el Sagrario en la capilla.

Y entre la Imitación de Cristo y el Sagrario se convertía en una copia fiel del Señor. Así, hasta que muera en Tudela el 8 de Julio de 1968, con la clásica jaculatoria en sus labios: *¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!*

Angeles sobrevivió varios años a Don Pedro, el cual, naturalmente, no pudo dejar de ella una nota biográfica, como hizo con las otras dos compañeras, lo cual es una lástima para nosotros, ya que nos priva de datos preciosos sobre su vida espiritual más íntima.

María

María, finalmente, va a ser el gran instrumento de Dios para la fundación. Alma mística de altos vuelos, sabe desde un principio lo que son las locuciones divinas, las revelaciones y... las luchas abiertas y espantosas con el demonio. A María le gusta llamarse **María de la Cruz**, porque quiere ser y es una enamorada de Jesús Crucificado. Pertenece a esa *jerarquía suprema de las almas*, y su historia la colocará al lado de Gema Galgani, Teresa Neumann o el Padre Pío... Y no hay ninguna exageración en afirmaciones como éstas.

María va a llevar de cabeza a Don Pedro, porque se considera incapaz de dirigir a un alma tan singular y sus dudas serán constantes. Cargado de inquietud, de interrogantes y casi escrúpulos en un principio, quiere consultar, y se siente aliviado cuando le dice María: *Sí, Padre: haga el uso que quiera de lo que le he manifestado, de mis confesiones y hasta de mis pecados*. Aunque añadirá Don Pedro: *pecados que no eran pecados, desde luego*.

Hasta que llegará la luz plena, cuando oiga a sus directores espirituales, Padres de la Compañía eminentes por su virtud -Ongay y Ubillos-, que le dirán: *Esta criatura es toda de Dios. Los hechos son verdaderamente ciertos y sobrenaturales: hay que atenderla*.

Había nacido María en Murchante el martes 22 de Marzo de 1892. Tenía por lo mismo 22 años cuando aquel histórico 5 de Febrero de 1915 —¡el de la respuesta del Cielo a la exposición continua del Santísimo en los Primeros Viernes!— siente la primera llamada de Jesús, y dice a Don Pedro su Confesor:

- Padre, esta mañana, cuando usted alzó la Sagrada Hostia, unos rayos de luz y fuego, que de ella salieron, hirieron mi corazón. Al mismo tiempo, oí una voz que me decía: “Serás toda mía”. Y le añadiré después: “Te quiero fundadora”.

Comienza aquí el calvario de Don Pedro para atinar en el discernimiento. María hace penitencias que estremecen, por más que su Director la tiene a raya. Le permite hacer los votos privados de castidad, pobreza y obediencia, que se los recibe el mismo Jesús, y empiezan a la vez unas persecuciones del demonio terribles.

Pasa todo en casa de Doña Guadalupe Aguado y su hija adoptiva Pilar Tomás -con las que vive María-, ambas excelentes cristianas, discretísimas, que guardan secreto absoluto de lo que ven y lo comunican sólo a Don Pedro, al que ahora tenemos que ceder la palabra:

En la casa y en el cuarto de María se oían con frecuencia ruidos espantosos, como corridas de animales; se oían golpes de palos, de correas; le quitaban mechones de pelo, que cuidé muy bien de ver si era pelo cortado o arrancado de raíz, y era esto último. Una mano invisible, con estrépito, le arrastra escaleras abajo desde el segundo piso hasta cerca de la entrada, y tenía que ser mano que lleva fuego, pues las peinetas de la cabeza que se derriten al contacto del fuego, quedaron derretidas en diferentes puntos...

La cogen del cuello para ahogarla y le queman la blusa donde pusieron las manos. Le queman la ropa. La ponen entre dos sillas, y debajo la ropa, dándole fuego.

La encuentran cerrada en un baúl, y se adivina que está allí por los quejidos y porque salen los pelos.

Todo esto lo vimos, lo palpamos un día y otro día, un año y otro año... Y el cuerpo, lleno de heridas en la espalda, en los muslos, en la cabeza, por las palizas. Y ella, ni una sola palabra, ni una sola queja.

Sigue Don Pedro:

A todo esto, añado yo lo que ellas -Guadalupe y Pilar- no saben: Satanás está desesperado, y todo el infierno, por la Obra que vamos a comenzar o por la marcha que lleva... Y María es la pagana. Cada acontecimiento o progreso relacionado con la Obra desespera al infierno, la atormentan, la apalean, la arrastran, y los dichos ordinarios son: -¡Bruja, condenada, que irás al infierno! No le hagas caso a ese loco que te engaña. Nosotros destruiremos todo, no os saldréis con vuestro empeño.

Es un agobio lo que esta criatura ha sufrido y sufre con la persecución de Satanás. Si pudiera, se arrojaría en una hoguera antes de caer en sus manos.

María, en su humildad, lo atribuye todo a castigo de Dios, y exclama:

- ¡Cómo me castiga el Señor lo pecadora que soy! ¡Qué será el infierno!...

Una vida crucificada del todo. Pero, ¿cómo la lleva María? Sigue Don Pedro:

Y todos estos dolores son su alimento y sin ellos no sabe vivir: son su cruz, de la que está enamorada. Ni una sola vez le he oído quejarse, ni me lo dijera, si yo no le instara a hacerlo. Esto que he escrito es una sombra pálida de lo que es este ángel en carne humana. Sin la cruz no sabe vivir un momento y cree haber enojado al Señor, si por un momento no sufre con él.

Tanto es María así, que cuando Don Pedro le dice un día: *-Pídele a Dios que alivie tus dolores,* ella responde toda extrañada:

- ¡No, Padre! ¿No sufrir es vivir con Jesús Crucificado? ¡Qué horror, no querer sufrir!...

El Señor concede a María gracias místicas extraordinarias. Un día va a visitar a Don Pedro, que le pregunta extrañado:

- ¿Qué te pasa ahí, que llevas las manos cubiertas y vas cojeando?

María se muere de vergüenza. Pero obedece y aparece el misterio: ¡Las Llagas visibles de Jesús en sus manos! No hace falta que descubra los pies. Don Pedro lo adivina todo, cuando ella le pregunta:

- Padre, ¿qué hago para quitarme esto?

Pero el Confesor le contesta con aparente indiferencia:

- Este no es asunto mío. Pídele al Señor que lo arregle.

Todo se desarrolla en el misterio. Nadie en el pueblo percibe nada. En la Semana Santa de 1916 -cuando acaba de cumplir los 24 años-, se le renueva en su cuerpo toda la Pasión de Jesús. Se ha sentido totalmente clavada en la cruz. La herida del costado aparece muy ancha y todo el cuerpo es una llaga viva. Encerrada en su cuarto, se ha quedado completamente sin sangre, y avisan a Don Pedro que María está privada del conocimiento... Se presenta el Padre y comprueba todo aquel fenómeno inexplicable.

Pasa el dolor y María contempla al día siguiente extasiada la gloria del Resucitado, rodeado de multitud de Angeles, con los cuales empieza ella también a cantar. Se le presenta la Virgen y le pone el ceñidor. Cuando María va a la iglesia, todos perciben un perfume delicado:

- Pero, María, ¡qué bien que hueles hoy! ¿Qué colonia te has echado?...

Don Pedro, tan temeroso en un principio, se convierte en Director Espiritual consumado de esta alma privilegiada. La ha probado en la humildad, la obediencia y el sacrificio. Todo suena a oro de buena ley. Y se siente feliz con esta hija espiritual que es su mayor gloria ante Dios.

Pero María va a ser todo un caso en la Congregación. *Es la Fundadora de la Milicia de Jesús,* dice don Pedro. Y encargará a sus religiosas: *Tengan a María Cruz por su Fundadora, ámenla*

con todo el corazón y encomiéndense a ella. Si muere, guarden cuidadosamente su cuerpo, escriban su vida y propaguen sus hechos y virtudes.

Sin embargo, María no entra en la Congregación como parte de la Comunidad. Aunque Don Pedro y las dos compañeras la consideran y la llamarán, por descontado, el número UNO. Se queda en Murchante con su familia, por más que irá siempre con libertad a la Casa de Ejercicios, donde se la reconoce como la verdadera Madre de la Congregación. *María es Confundadora, por no decir fundadora, pues la idea no salió de ella,* escribirá Don Pedro.

Las Religiosas más antiguas saben todo y tienen conocimiento vago de sus fenómenos místicos, porque son testigos de las jugadas terribles que le hace el demonio, como aquella vez que María no se presentaba a la oración ni a ningún acto. -*¿Dónde está María?... Y la pobre no aparecía porque no se había podido levantar de la cama, ya que se hallaba completamente desnuda. Hubieron de prestarle ropa, pues la suya se la había arrancado el demonio, y que apareció a los tres días en un paquete tirado por el lavadero.*

Las Religiosas más jóvenes sospechan algo de esos fenómenos místicos y del carácter de fundadora de María, porque el secreto a voces se propaga también entre ellas. La conocen sólo por referencias o por algunas visitas que María hace de cuando en cuando a la Casa de Tudela.

Al llegar el final, sus Hermanas la cuidan en la enfermedad, recogen sus últimas lágrimas en la agonía, y cuando muere el 15 de Julio de 1959 se la llevan de Murchante al panteón de la Casa de Ejercicios en Tudela.

Doce años de gestación

Un Don Pedro que sueña... Tres muchachas dispuestas a todo... Y un director espiritual, el Padre Ongay, que anima decidido: *¡Adelante! Que esto es obra de Dios...*

Así comienza una serie de años que parecen interminables... Porque las dificultades se presentan desde el primer momento, y comienzan las dudas:

- *¿Una Casa de Ejercicios? ¿Y dónde? ¿Y con qué?...*

- *En Murchante, no; ya se ve. Mejor Tudela. A sólo cinco kilómetros, está a un tiro de piedra. Tiene aire de capital de Provincia, y está excelentemente comunicada por ferrocarril y carretera con Pamplona, Zaragoza, Logroño y Soria...*

- *¡Pero Tudela tiene los terrenos muchos más caros! ¿Con qué cuenta para comenzar?...*

Don Pedro no se desanima ante estos interrogantes que le plantean. Porque hay uno mucho más grave: el permiso de los Superiores, el del Padre Provincial de la Compañía y el del Obispo.

El Padre Ongay, su director espiritual, le ha explicado todo al Padre Leza, que le responde frío y sin más explicaciones:

- *Haga el favor de no meterse usted en nada de eso.*

Don Pedro acepta el chorro de agua fría. Pero lo va a intentar por sí mismo.

- *Padre Provincial, sé su parecer sobre la proyectada Casa de Ejercicios y la nueva Congregación. Pero, si me permite, le hablaré yo también.*

El Padre Leza escucha. Y pregunta a su vez:

- *¿Tiene alguna casita donde reunir a esas tres jóvenes?*

- *Se tiene que hacer.*

- *Pues, comiencela cuanto antes. Esa Obra dará mucha gloria a Dios y salvará muchas almas. Y dígame al Padre Ongay que le ayude cuanto pueda. Ya hablaré yo con él.*

Don Pedro ha salido de la entrevista con el corazón esponjado. Marcha inmediatamente a Murchante, reúne a sus tres dirigidas y empieza por la negativa del Padre Leza. Pero María, tan callada siempre y tan tímida, que sólo hablaba por obediencia, le pregunta por tres veces:

- *Esto es lo que usted ha dicho al Padre Provincial. Y el Padre Provincial a usted, ¿qué le ha dicho?*

El Padre queda desconcertado. Separa a María de las otras dos, y le pregunta:

- *Oye, María, ¿por qué insistes en esas preguntas? ¿A qué hora he hablado yo con el Padre Provincial?*

María se ruboriza. Y se ve obligada a contestar al fin:

- *Eran las diez de la mañana. Y el Señor me ha dicho: Esta es la hora en que el Padre entra a hablar con el Padre Provincial. Sus palabras serán bendecidas.*

Don Pedro no duda. Era imposible que María supiese nada por ningún conducto humano. Y esto lo convence en su opinión, que expone a sus tres felices hijas:

- *¡Adelante! Porque Jesús lo quiere. Busquemos la gloria de Dios y la salvación de las almas.*

Se tenía el permiso del Padre Provincial y se contaba, por lo mismo, con la colaboración de los Padres Jesuitas. Pero, ¿qué diría el Obispo?...

Monseñor Badía, el Obispo de Tarazona, da largas y largas al asunto. Llega el año 1923, ¡y nada todavía! Don Pedro se dirige a Tarazona y expone una vez más el plan con todo detalle al Prelado, que le da la negativa más redonda:

- *Déjese de eso. Si fuese para recoger sacerdotes ancianos y enfermos sería otra cosa. Además, ya se dan Ejercicios en Loyola y en las Esclavas del Sagrado Corazón.*

- *¡Cierto, Señor Obispo! Pero en Loyola se dan sólo a hombres y en las Esclavas sólo a mujeres. En España hacen falta Casas para toda clase de personas.*

- *No insista. No me parece el plan.*

A Don Pedro no le queda más recurso que la oración. Se marcha apesadumbrado, pero, ya en la estación y mientras saca el billete del tren, le llega el aviso de que se presente en Palacio.

- *Diga, Señor Obispo.*

- *Póngame todo por escrito, y las razones que tiene para llevarlo todo a efecto.*

Aquello no podía ser más que un milagro. Dios se metía del todo en la Obra.

Se tenía, pues, el permiso para empezar la Casa de Ejercicios. Quedaba aprobado el Reglamento con que se regiría el grupito de las tres dirigidas, que se había ido engrosando, y se iba a llamar desde ahora *Milicia de Jesús*, constituida en Pía Unión. Cuando llegue después la aprobación de la Santa Sede cambiará el nombre por este otro, sugerido por la misma Sagrada Congregación: “Esclavas de Cristo Rey”. Y, aunque sea avanzando nosotros el tiempo, y para entendernos mejor, las llamaremos en adelante así, con su nombre definitivo, en el que centran su gloria: *Esclavas de Cristo Rey*.

Tocando la meta

Las ilusiones, los esfuerzos, y las dificultades también, se van a centrar ahora en la parte material de la Casa, a la vez que en la formación del grupo de las Esclavas.

El primer dinero se ha ido todo en la compra de los terrenos. Las nuevas donaciones y algunos préstamos quedan agotados en los cimientos. Hay que paralizar las obras, y esto da pie al chisme en Tudela:

- *Esa casa no va a servir más que para nido de ratas o para almacenar alfalfa.*

En Murchante, donde se empiezan a saber las cosas, ven con mucho mejores ojos *La Santa Casa de Ejercicios*, como la llaman desde un principio.

El nuevo Obispo de Tarazona, Doctor Isidro Gomá, le presta desde el primer momento un apoyo incondicional. El Obispo y el Párroco se van a convertir en grandes amigos. Incluso desde Toledo, el ya Primado y Cardenal le seguirá estimulando para llevar adelante la Obra, y en Roma,

cuando vaya para el Cónclave que elegiré Papa a Pío XII, podrá escribir sobre la aprobación de la Congregación: *He encomendado el asunto con todo interés.*

No podía ser de otra manera, dado el sumo aprecio que el Purpurado tenía por Don Pedro. En el Seminario de Tudela, y ante el Mayordomo, dice una vez con satisfacción grande:

- *Don Pedro es un excelente sacerdote, como he conocido pocos.*

Así le escribe también otro Obispo santo, el Dr. Irurita, poco antes de morir mártir en Barcelona:

- *Estoy seguro de que la Milicia de Jesús es toda de su Divino Corazón; y como su fin específico es el apostolado de los Ejercicios, yo, que tanto los amo, no puedo menos de amarla también y protegerla con toda eficacia.*

Con estos estímulos, y mientras la Casa de Ejercicios se va construyendo, Don Pedro se dedica sobre todo a formar a sus Religiosas.

El trigo en el surco

El 1 de Enero de 1916 ha amanecido frío. Pero cuatro corazones están ardiendo: el de un Párroco -desde ahora, Fundador-, lleno de celo apostólico y el de tres jóvenes decididas: María, Aurea y Angeles. Aquel cuartito de la sacristía parroquial va a ser su cenáculo, en el que hoy reciben el primer impulso grande del Espíritu:

- *¡Fecha imborrable para nosotras! Explicar y manifestar lo que pasó ese día es tarea difícil para mí, porque son de esos acontecimientos, de esas cosas, que se sienten pero no se saben expresar. ¡Qué gracias tan especiales nos concediste, Jesús, al comenzar este nuevo año!*

Pasan a la iglesia a recibir la Comunión. Después, arrodilladas ante el Crucifijo, renuevan los votos privados de castidad, pobreza y obediencia, que van a vivir por ahora en la vida seglar, dentro de sus propias familias.

- *Y como señal de nuestros desposorios con Jesús -sigue diciendo Aurea- nos pusimos una a otra en nombre de Dios el anillo, finalizando con la bendición.*

Por la tarde, nueva reunión. Todo se desenvuelve por ahora en secreto. El Padre les explica el móvil de la Obra, que es el celo por la salvación de todos:

- *¡Arde vosotras y propagad el fuego! Mirad el amor ardentísimo que el Divino Redentor nos tiene, y la indiferencia y el poco aprecio y estima que muchas almas tienen de su salvación. Es tanto lo que desea nuestro Buen Jesús el salvarnos a todos, que, si lo conociéramos bien, no haríamos otra cosa que trabajar con todas nuestras fuerzas para satisfacer ese su deseo, llevándole muchas almas para que gocen sus delicias.*

Reciben las “armas” de la nueva Obra: la insignia, el fajín y la oblación escrita. Algo que recuerda -en versión femenina- aquella vela de armas de Ignacio ante la Virgen en Montserrat.

- *Todo parecía un sueño, y no sabíamos cómo dar gracias al Señor Dios nuestro. Terminamos este dichoso día. No encuentro palabras para darte gracias, Jesús querido. Danos mucho amor, mucho, mucho, para que seamos agradecidas.*

El Primer Viernes, 7 de Enero, se tuvo otra reunión complementaria en la que Don Pedro les explica el fin de la nueva Congregación que van a formar: Las Casas de Ejercicios, el Apostolado Seglar y la Enseñanza.

Con palabra ardiente, les vuelve a proponer el ideal de la salvación de las almas, contemplado en la Persona del mismo Jesús:

- *El tesoro infinito de la sangre de un Dios se desprecia, y nosotros podemos ayudar al aprovechamiento de ese tesoro... Todas las meditaciones encaminadas para sacar como consecuencia esto: Jesús, en toda su vida sobre la tierra, no tenía otro pensamiento que la salvación de las almas. ¿Por qué nació en un establo y pasó tanto frío? Por salvar almas. ¿Por qué pasó su vida*

en humildad y padeció tan cruelísimos dolores, afrentas, insultos, desprecios y murió en una cruz? ¿Por qué? Por salvar almas. No hay otra respuesta que ésta...

El ideal estaba claro y brillaría siempre como una estrella. Y les da la gran consigna del amor, como distintivo de la Congregación:

- *Os habéis de querer mucho las tres en el Señor, y todos los días tenéis que pedirle mucho en la Sagrada Comunión unas por otras.*

Ahora se llaman *Milicia de Jesús*. Cuando reciban de la Santa Sede el título definitivo de Esclavas, escribirá Aurea, enamorada siempre:

- *¡Nos llamamos ESCLAVAS DE CRISTO REY! Sí, somos Esclavas del mismo Rey y Señor...*

El fin primario, desde el principio, estaba claro: las Casas de Ejercicios Espirituales, y, en torno a ellas, el Apostolado Seglar para la misma Obra de los Ejercicios. Pero no entraban ni la Enseñanza ni las Misiones:

- *¡No, porque nos desviarán del fin principal!*

Pero Padres Jesuitas muy autorizados le tenían dicho:

- *Si tiene las Constituciones de la Compañía, tarde o temprano va a romper el cerco.*

El Fundador acepta la idea, y quedan bien claros los fines de la Milicia de Jesús:

- **Los Ejercicios Espirituales** en Casas plenamente adaptadas para este ministerio, pues reconocía: *Sí que hay ahora ciertas Casas, pero solamente personas acomodadas pueden pagar los gastos, quedando excluidas las gentes más necesitadas, como los trabajadores obreros. En nuestras Casas habrá tandas continuamente sobre todo para Obreras. Entonces, dictamina: Los Ejercicios de San Ignacio en completo retiro. Éste es el fin primario, el que no debe dejarse nunca, al que se debe dar preferencia siempre, en el personal y en todo. Y en los Ejercicios, las Esclavas no se limitarán al cuidado externo de las cosas materiales, sino que serán directoras activas en las tandas femeninas, hablando, dirigiendo, orientando, atendiendo directamente a las personas...*

- **El apostolado Seglar**, como complemento del primero, es una Asociación dependiente de las Esclavas de Cristo Rey, para reclutar ejercitantes y para colaborar en los otros fines de la Congregación.

- **La Enseñanza**, *este nunca bien ponderado ministerio, para el cual abrirán escuelas en barrios obreros donde sea más necesario su establecimiento. Y ponderará Don Pedro a sus hijas: Las que se dediquen al Colegio: más vida de pobreza, más vida interior, más presencia de Dios. Para ello, en la formación espiritual de los niños, ved en sus almas al Niño Jesús.*

Y las **Misiones** a la vista, porque la Congregación, llegado el momento, no se dejará oprimir por un corsé al oír el clamor lejano del mundo infiel...

El grano de trigo está ya bajo tierra. Dejemos que germine en paz durante doce años. La recolección tardía se presenta como una cosecha muy prometedora...

El espíritu de la Congregación

De momento, las elegidas no son más que tres. Don Pedro, un poco romántico, sueña en doce muchachitas -doce mujeres apóstoles salidas de su pueblo- para cuando la Congregación inicie su andadura con la Casa de Ejercicios en Tudela. Bien guardado el secreto por todas, se invitará personalmente a las escogidas. Las tres primeras son las más importantes, y por ahora se contenta con ellas.

Los doce años que transcurren desde aquella primera reunión de 1916 hasta la inauguración de la Casa de Ejercicios en 1928 han sido conservados en una relación de la Madre Aurea, escrita por orden del Fundador y publicada ahora en un grueso volumen de más de seiscientas páginas por la Madre Asunción Ursúa. Es un diario de riqueza extraordinaria.

No hay que escarbar mucho para llenarse las manos con pepitas de oro.

Conservamos muchas de aquellas conversaciones formativas, desarrolladas en el cuartito de la sacristía, un cenáculo humilde donde se respira aire y calor de Pentecostés.

Un ideal: el celo apostólico. Don Pedro les propone a sus hijas antes que nada un gran ideal: *¡Las almas!* Era el hablar de entonces, cuando al hacer apostolado se miraba al hombre sobre todo en su trascendencia eterna. Hoy decimos *Salvar al hombre* en su dimensión total, tanto en la humana y temporal como en la divina.

- *Cuando forméis la Congregación, no esperéis que las almas vengan a vosotras. ¡Id a buscarlas! ¡Salid a su encuentro! Primero, a las más necesitadas: a las jóvenes Obreras para llenar con ellas las Casas de Ejercicios, y a las niñas pobres para las Escuelas. Las Obreras, la gente trabajadora, son las primeras que han de llenar nuestras Casas de Ejercicios. Así como nuestros Colegios han de acoger primero a los niños de los Obreros.*

Jesús Crucificado será el modelo primero y último al que dirigirán siempre los ojos.

- *Mirad despacio el Crucifijo y estudiad sus llagas de las que brota la sangre preciosa, y preguntadle: ¿Por qué sufriste tanto?... Y os responderá: ¡Por salvar almas! ¡Por llevar al Cielo las almas que se iban a perder!*

Mostrándoles entonces el Crucifijo, hizo pasar a cada una a adorarlo, y, arrodillada, respondía con un ¡SÍ! firme a la pregunta del Padre:

- *¿Le prometes a Jesús Crucificado que procurarás con todo el empeño posible ser santa, y que trabajarás por la salvación de las almas?*

Y les aconsejaba y les pedía:

- *En la bendición del Santísimo, dirigid una mirada tierna a la Sagrada Hostia, y escuchad al buen Jesús que os dice lleno de amor: Te he elegido para que seas santa y trabajes por la salvación de las almas.*

Y que no se os pase un día sin rezar un Avemaría a la Virgen, diciéndole: Madre mía, dame un celo muy grande para trabajar por la salvación de las almas.

Mirando sólo a las almas, y para capacitarse más, les pide con tesón: *Tened interés grande en aprender todo lo que os sea posible, pues, cuanto más se sabe, más gloria se puede dar a Dios y más almas se pueden atraer.*

Con estas exhortaciones, y con el ideal bien claro, quedó zanjada la cuestión que se suscitó un día y que propuso Don Pedro:

- *¿Hemos de emitir un cuarto voto, el de trabajar por la salvación de las almas? Así me lo propuso esta Angeles, que tiene la cabeza un poco descompuesta.*

La discusión fue animada. Pros y contras.

Aurea: *Eso de obligarse con voto bajo pecado mortal, no sé, no sé...*

María: *Me parece que ya es bastante nuestra oblación...*

Angeles: *Yo decía eso por mí, porque así me obligaba a trabajar más, pero ahora veo que usted tiene razón...*

Y la razón que daba Don Pedro era clara: *Evitemos escrúpulos. Nos basta nuestra oblación completa. Será muy poco generosa la que, por fidelidad, no haga cuanto pueda después de haber prometido trabajar por las almas.*

El vencimiento propio y la humildad. En esto se va a mostrar Don Pedro un discípulo perfecto de Ignacio. A sus hijas las quiere fuertes, valientes, abnegadas, humildes. Y así, les exhorta:

Acostumbraos a venceros en todo, cueste lo que cueste. ¡Guerra a nosotros mismos! Y cuanto más tengáis que venceros, más mérito tendréis. Si no dejáis pasar las cosas pequeñas, os acostumbraréis a ser generosas con Dios Nuestro Señor.

Como vosotras sois las primeras, y la Congregación ha de tener un espíritu grande, varonil y generoso con Dios Nuestro Señor, vosotras tenéis que ir trabajando para conseguirlo, y yo quiero formaros en este espíritu.

Habéis de ser varoniles, nada de apocamientos, de tal manera que si a una le mandaran que se fuese a cruzar el mar, para buscar almas o realizar una gran empresa, no ha de ser cobarde, sino demostrar ánimo y valor.

El espíritu de Teresa de Jesús latía en semejantes palabras. Femeninas, sí; cobardes, no. Por eso, cuando le proponen a Don Pedro que programe las penitencias en la Congregación, les responderá:

- ¿Penitencias? Ayuno, sólo los Primeros Viernes y en la víspera de nuestras grandes fiestas: Año Nuevo, Pentecostés, Sagrado Corazón, Virgen del Pilar, Inmaculada y San Francisco Javier. Nada más. Vuestra gran penitencia es el vencimiento propio.

Este vencimiento propio lo quería el Fundador, sobre todo, en la práctica de la humildad, *pues hay que llevar grabado en el corazón –decía– el convencimiento de que no somos nada ni podemos nada, absolutamente nada.* Y las va a ejercitar ahora con un acto duro de verdad.

A ver si suenan a falso... En este largo tiempo de formación, Don Pedro -bueno, paternal, cariñoso, pero también muy fuerte y que no se va en dulzonerías- las somete a las tres en Angeles a una prueba terrible. Un día le dice sin más, grave y sin contemplaciones:

- Vete a buscar el ceñidor y la insignia y me los traes, porque quedas despedida de la Congregación.

Aterrada y hecha un mar de lágrimas, va en busca de las compañeras:

- ¡Que el Padre me ha despedido de la Congregación! ¡Ya no voy a poder estar con vosotras! ¡Adiós!...

María va a consultar al Padre, que le contesta seco:

- Haced el favor de obedecer, y que te entregue el fajín y la insignia.

Angeles está inconsolable:

- ¡Vosotras no sabéis lo que es esto! Me los tengo que quitar, con lo que los quiero...

Aurea la anima y se ofrece a ir con ella al Padre, para interceder en su favor:

- Bien. Dile a Angeles que esta noche os espero a las tres en mi casa.

Y ya en su presencia:

- Aurea y María, sentaos. Angeles, tú a ponerte de rodillas. ¿Y me permites decirte ante las otras por qué te he despedido?

- ¡Sí, Padre, cuente todo lo que quiera!

- Pues, no lo quiero decir. Bueno. Te readmito en la Congregación, aunque el fajín y la insignia no te los devolveré hasta el sábado.

Todo quedó al fin bien resuelto.

Igual que después en la prueba a María, la de los altos vuelos místicos, cuando le dice el Padre:

- Todas se llamarán Hermanas. Pero la que tenga aptitudes se dedicará a ejercer el apostolado, y las otras a los oficios de casa. María, como no sabe nada, servirá para barrer o para la portería. ¿Verdad, María?...

Angeles -la mejor preparada- salta como una chispa:

- No estoy conforme con eso. Entonces, también seré yo lo mismo, porque yo tampoco sé nada.

- Tú ya sabes algo, y con lo que te instruyas, aprenderás más. Pero María no sabe ni poner su nombre. Si aprende, bien; pero, si no... ¿Qué te parece a ti, Aurea?

- Yo quiero que sea como nosotras dos.

Todo aquello sonaba a oro de pura ley. Tres verdaderas joyas. La humildad y la caridad lucían esplendorosas. Angeles no era aquella indecisa ante las puertas de La Enseñanza... María la mística, no engañaba... Aurea la buena, unía siempre en el amor... Y las tres formaban una pieza de bronce irrompible...

El amor mutuo, del que han dado muestra brillante en la prueba difícil, ha de ser una constante en la Congregación. Don Pedro se va a mostrar riguroso:

- *Por mucho que os diga, me quedaré corto. Si una Religiosa siembra la discordia, es razón suficiente para echarla de la Congregación, que tiene que ser un corazón en el Corazón de Cristo.*

No lo mira negativamente, sino al contrario:

- *Una de las cosas en que ha de sobresalir la Congregación ha de ser el tener en todo un espíritu de caridad muy grande. Ha de haber tal unión y cariño, que estén deseando siempre el servirse unas a otras.*

Y trae —¡qué bella acomodación!— el pensamiento de Pablo y la corazonada de Juan:

- *En la Congregación hay diferentes miembros: uno es la General; otro, las Superioras; otro, las Profesas de Votos Perpetuos; otro, las Profesas de Votos Temporales; otro, las Novicias; otro, las Postulantes. Todo este conjunto de miembros forma un solo cuerpo, que es la Congregación. Y ahora os digo yo: ¡Hijitas mías, amaos las unas a las otras, que en eso os conocerán que sois discípulas de Cristo y Esclavas de Cristo Rey!...*

La Virgen María está muy entrañada en la Congregación. No hay Orden ni Instituto religioso que no se gloríe de ser el más amante de María. Y es verdad, porque nadie se quiere dejar vencer en el amor a la Virgen. Las Esclavas de Cristo Rey no iban a ser una excepción, y el Fundador se encargó de avisarles:

- *Muchas veces habéis pensado en la Santísima Virgen y le tenéis devoción. Pero, desde hoy, la vais a amar mucho más, mirando en todos vuestros actos a la Virgen Inmaculada. Por eso, el día de la Inmaculada tiene que ser grande para la Congregación.*

Y les deja como en testamento:

- *Cuanto os quiera decir, para que obsequiéis a la Señora, no será sino un pálido reflejo de lo que mi alma siente y desea. Todo amor por nuestra parte será siempre poco para corresponde al que Ella nos ha demostrado.*

El Pilar de Zaragoza fue siempre un imán para el corazón de Don Pedro como para el de sus hijas, las cuales fueron una vez de visita para tener la dicha de ver bendecidas por la Virgen las insignias y fajines, que, entregados oportunamente a un Infante, fueron pasados por el Pilar bendito.

La devoción tierna a la Virgen ha sido siempre la luz suave que ha iluminado todos los pasos de la Congregación.

Jesús —¡no faltaba más!— había de centrarlo todo. Su Corazón, su Realeza universal, llenaban por completo el alma de Don Pedro, igual que su predicación y su actividad entera. Y así debía ser con sus hijas, a las que da el encargo:

- *¡Viva Jesús! Este grito encabeza vuestras cartas. Pero debe ser también vuestro saludo. Cuando os encontréis, dirigíos un ¡Viva Jesús! como contraseña vuestra.*

Y guardad el corazón, hijas mías. No lo dividáis con nadie, que sea sólo para Jesús.

No sé si sentiréis como yo -creo que más-, pero mi alma siente cada día más hambre de no olvidar un segundo a Jesús y de consumirme y sacrificarme por Él. ¡Quién pudiera, hijas mías, ganarle todo el mundo!...

Jesús, para Don Pedro y las Esclavas, es el Capitán al que se ha de seguir, por quien se ha de luchar, y cuya gloria y reinado se ha de buscar siempre y por todos los medios.

“Páginas de oro”, han llamado en la Congregación a estos recuerdos del Fundador anotados por Aurea. ¿Páginas? Digamos que son una mina con abundantes filones... Las hijas los han sabido explotar y llevan la marca del Fundador, ante cuyos restos, en 1970, podía decir el Arzobispo de Pamplona Cardenal Tabera:

- *En Maracaibo, de Venezuela, me reunía con mis sacerdotes navarros, y allí estaba Don Pedro Legaria, presente en el ejemplo de sus hijas. Y es que Don Pedro -proseguía el Cardenal- quería ser todo de Cristo, y su vida se derramó gota a gota hasta llegar a culminar en su total entrega a Dios.*

Por lo visto, las hijas aprendieron las lecciones del Padre...

Don Pedro y los Ejercicios

A punto ya de abrirse la Casa de Ejercicios, Don Pedro ve a sus hijas maduras para la misión. Pero a sí mismo, ¿cómo se ve? Ilusionado y confiado, es cierto. Pero se considera también el instrumento inútil del que Dios se está sirviendo. Los temores no se le fueron nunca de encima.

- *De estas luchas y de las cruces y dificultades, se sigue en mí un desasimiento completo a la misma Obra que, por otra parte, la amo con toda mi alma. Se va quitando con la lucha todo lo que pueda haber de mi "YO". Voy viendo más mi nada, la voy haciendo como es: sólo de Dios. No me fío nada de mí. Tengo el ánimo dispuesto completamente al SÍ y al NO, según el SÍ o el No de los acontecimientos, que en todo rige la Divina Providencia.*

La dirección espiritual de María, tan penosa para Don Pedro hasta que sus consejeros y él mismo se convencieron del carácter sobrenatural de los hechos, le da una gran seguridad. Un día se le acerca María al confesonario, y, temerosa como siempre, le dice:

- *Padre, el Señor me ha dicho: amándome él a mí, y amándole yo a él, ¿por qué ha de temer?*

- *¿Y por qué te ha dicho esto?*

- *No sé,* respondió María con una sencillez desconcertante.

Es que Don Pedro estaba en un momento muy crítico. Tenía que comenzar la Obra sin más. Y las dudas se amontonaban:

- *Sería esto una verdadera locura —y no lo digo por humildad, sino que me lo dicta el corazón y la razón—, querer realizar una Obra de esta magnitud. Un pobre Cura como yo, sin conocimientos de esta clase de Obras, sin experiencia en estos asuntos, sin conocimiento de la vida religiosa, sin ascendiente social, sin medios económicos, sin tiempo material por el trabajo y condiciones de mi Parroquia a la que me doy de lleno y me absorbe plenamente. Treinta y seis años de vida parroquial, entregado de lleno, y contento, a la Parroquia, mi vida, la iglesia, el confesonario, mi cuarto, ¿de dónde sacaré tiempo para darme a una Obra que exige gran trabajo, mucha atención, diligencia, sacrificio y constancia? El atrevimiento de acometerla sería temeridad en mi pequeñez, si no contara confiadamente con mi Dios, con mi Madre la Santísima Virgen, y con la cooperación y consulta de los Padres de la Compañía.*

Esto, lo que de sí mismo pensaba Don Pedro. Pero otros pensaban de él algo muy diferente. Con reconocida autoridad, dirá el jesuita Padre Lacoume:

- *Don Pedro Legaria, aun entre nosotros, descuella cien codos sobre la mayoría de los nuestros en la fe en los Ejercicios y en la eficacia de este ministerio... Tener el párroco de un pueblo la atrevida idea en aquellos días -ahí está el mérito, en aquellos días- de levantar de planta una Casa de Ejercicios fuera de la jurisdicción de su Parroquia, en un ambiente enrarecido y sin aire espiritual, era lanzarse a una aventura en que se jugaba de una baza dinero, prestigio, sosiego, autoridad ante los suyos y los extraños, que le miraban como casi un iluso, y era acarrearle fracasos, disgustos, inquietudes, incomprensiones hasta de personas muy estimadas...*

Su idea de los Ejercicios era clara: en completo retiro dentro de Casas apropiadas, adaptados en el tiempo, y sin orientaciones extrañas.

Formado espiritualmente desde el Seminario por los Padres Jesuitas del Colegio, siempre bajo su dirección y unido a ellos con una amistad íntima, no admitía adaptaciones en los Ejercicios. Era auténticamente riguroso en este punto. Acomodados en cuanto a la duración de pocos días, sí;

orientados con otra mentalidad, no y de ninguna manera. Hoy las Casas, naturalmente, aceptan convivencias y otras reuniones apostólicas. Pero los Ejercicios siguen siendo Ejercicios...

Así lo pensaba, así lo quería, y así lo hacía aquel providencial iniciador.

Don Pedro Legaria pasará a la Historia de los Ejercicios Espirituales modernos en España como un pionero excepcional. Las Casas de Tudela y Burlada en Pamplona fueron en su tiempo un verdadero signo, creadoras de grandes inquietudes. A estas horas, ya han tenido muchos imitadores. ¿Qué diócesis no cuenta con su propia Casa de Ejercicios, y cuántas Religiosas no han levantado la suya?...

Y llegó el gran día

El 15 de Junio de 1928 está escrito con letras de oro en la historia de las Esclavas de Cristo Rey. Don Pedro ve realizada su gran Obra. ¡Por fin!...

La Casa de Ejercicios de Tudela está acabada. Falta un mes para su inauguración oficial. Pero hoy van a tomar posesión de ella esas Religiosas que nacen a la vida de la Iglesia cargadas de esperanzas y con una entrega e ilusión grandes.

Don Pedro, amable, pero serio normalmente, hoy está de broma con las tres fundadoras:

- *Habrà que esperar. Hay que arreglar cuentas de las obras, faltan muchas cosas, y no sabemos cuándo podrá ser...*

- *¡Ay....! ¡Qué pena! ¡Con lo ilusionadas que estábamos para que fuera en la fiesta del Sagrado Corazón!...*

- *¡Bueno, bueno!... Parece que todo va bien. El Señor Obispo está entusiasmado y dice que va a escribir en el Boletín sobre los Ejercicios. ¡Que comencemos pronto!...*

Doce años trabajando y formándose clandestinamente, ahora hay que dar la noticia a las familias, que la reciben cargadas de emoción. De honda raigambre cristiana, aceptan el sacrificio generosamente y entregan sus hijas al Señor. Una emotiva visita al cementerio para dar un adiós a los familiares que ya están en el Cielo.

Por la mañana, la última Misa en la Iglesia Parroquial y la consagración al Corazón de Jesús. Y a las diez, reunidas en la Casa Cural, las últimas y ardorosas palabras del Padre:

- *¡Hijas mías, generosidad total con Nuestro Señor! Convinceos de que sois las más pobres, como los Apóstoles. Y, desconfiando de vosotras mismas, ¡confianza en el Señor!...*

A las cinco de la tarde, un arrodillarse por última vez ante aquel Sagrario de la Parroquia querida, por la que tanto han trabajado desde niñas en la Catequesis, en el Apostolado de la Oración, entre las Hijas de María, en todas las actividades posibles.

Es un plácido atardecer estival. Dos coches se dirigen a Tudela, y al llegar a la Casa se detienen ante la puerta. Toman la imagen del Sagrado Corazón que traen consigo, y, en un gesto bello de verdad, y tan femenino, se la coloca Aurea delante del pecho, algo avanzada con los brazos, y va entrando sonriente en la nueva Casa que le han construido al Amo:

- *¡Queremos que el Sagrado Corazón sea el primero en entrar!*

Y fue Jesús el primero que pasó aquel umbral bendito. Después lo pasarán tantos y tantos que vendrán aquí buscando la gracia, el amor y la paz del Señor, el cual ha entrado el primero para esperarlos a todos...

¡Qué idílico todo! Pero viene inmediatamente la prosa de la vida. En la casa no hay nada, sino las paredes desnudas.

¿Cena esta noche?... Un poco de verdura cocida en un hornillo, porque aún no hay cocina.

¿Mesa para comer?... Unos cajones la van a suplir.

¿Agua potable?... Ya la instalarán otro día. Ahora, con un cántaro a buscarla fuera.

¿Llave para la puerta?... Esta tranca nos servirá muy bien.

¿Y con qué cerrar las ventanas de la huerta?... Estos cañizos desempeñarán su papel.

Todo un mes se va a ir en arreglos urgentes e inmediatos. Pintar paredes, disponer la Capilla, dejarlo todo en orden para la inauguración oficial, porque se les ha metido en la cabeza hacerla el 16 de Julio, día de Carmen, una fiesta tan querida de la Virgen, y así tendrá que ser.

Pero todo se hace con entusiasmo, con alegría, con humor, con mucho espíritu de sacrificio —*que para esto hemos venido, ¡claro!*—, y observando desde el principio con toda fidelidad el reglamento de piedad y los ratos de silencio que se han propuesto.

El Amo en su Casa

Sí, para el 16 de Julio y sin aplazamientos. En tal día, hace cinco años, después de tantas negativas desesperantes, dio su permiso el Obispo Badía para comenzar la Obra, y hay que conmemorarlo de la manera mejor: ¡con la inauguración!

- *Padre, haga las invitaciones para ese día. Como usted dice, nos parece muy bien que vengan las Autoridades, los bienhechores, y, desde luego, invite a todas las familias de Murchante.*

- *Así lo haré. Y escribiré a todos los Párrocos de la Diócesis, a los Obispos de Pamplona y Zaragoza, además de enviar carta particular a las Aspirantes de la Obra. Ya tenemos la seguridad de que estará presente el Padre Provincial con otros Padres jesuitas más.*

El Señor Obispo estaba más entusiasmado que nadie y prometía predicar aquel día. ¡Y un sermón de Gomá valía la pena!...

La inauguración iba a consistir solamente en el traslado del Santísimo Sacramento desde el Seminario a la casa de Ejercicios.

La procesión de aquel traslado, unida a la curiosidad de toda Tudela, dejó un recuerdo profundo. Cabildo Catedral, Clero, Seminario, Religiosos y Religiosas, Ayuntamientos de Tudela y de Murchante, y un grande concurso de fieles acompañaban al Señor que iba a tomar posesión personalmente de aquella Casa que era tan suya.

El Obispo, Doctor Gomá, echó la pieza magistral y arrebatadora que cabía esperar de su saber y elocuencia:

- *¡Veó con clarividencia los copiosos frutos que va a dar esta Obra toda de Dios!...*

Acabaron las emociones de aquel día. A las tres Fundadoras se han añadido ya en la naciente Comunidad otras dos candidatas, también de Murchante, una de ellas Araceli, la hermana de Angeles. Las cinco van a entregarse con ingenio, entusiasmo y sacrificio a fin de tener todo a punto para la primera tanda de Ejercicios a cuarenta y dos Sacerdotes, señalada para el 30 de Agosto. La dirigirá el prestigioso jesuita Padre Cándido Arbeloa y se hará presente Don Pedro para servir a la mesa en gesto de humildad edificante. En la segunda tanda a Sacerdotes, participará como uno más de tantos el propio Obispo Dr. Gomá. Seguirán las de Hombres, Señoras, Señoritas, y otras y otras ya de manera ininterrumpida. Don Pedro Legaria y las Esclavas, al ver realizado el sueño de años que parecían inacabables, se limitan a exclamar:

- *¡Alabado sea Dios! ¡A Él toda la gloria!...*

Tudela no es más que la primera Casa de la Obra, el primer jalón en el camino. Pronto seguirá la importantísima de Burlada, en Pamplona. Y después, Madrid, Barcelona, Loyola, Covadonga, las de Venezuela... y tantas más hasta llegar a la actual de Roma, que irán proclamando el celo de un Sacerdote Santo y la entrega de unas Religiosas, servidoras fieles de Jesucristo Rey...

El adiós a la Parroquia

La Congregación naciente requiere sus cuidados, pero Don Pedro seguirá en la Parroquia bastantes años más, hasta 1942. Las bajadas y subidas entre Murchante y Tudela serán continuas. Aunque cuenta con otros tres Sacerdotes, celosos y de confianza, en los que delega muchas fun-

ciones, no se desliga de ningún deber parroquial. Multiplica sus energías y su entrega a la par de su celo, y, contando siempre con Dios, llega a muchas cosas...

Hasta que un día de Febrero corre la noticia por el pueblo:

- *¡Que se nos llevan a Don Pedro! ¡Que Don Pedro se nos va!...*

Sin embargo, nadie se extraña. Desde que se abrió la Casa de Ejercicios, el traslado se esperaba de un día para otro, aunque ese día se fue dilatando hasta catorce años, gracias a Dios. Pero la enfermedad, a la vez que una cruz brindada por el Señor, será la providencia de Dios para que el Obispo saque al fin de la Parroquia a Don Pedro para establecerse definitivamente en la Casa de Ejercicios.

La despedida de Murchante fue sencilla y emotiva. No hubiera sido la partida tan sensible si junto con Don Pedro no se hubiera marchado su Coadjutor -ejemplar, piadoso, distinguido- Don José María Sanz, íntimamente compenetrado con Don Pedro durante trece años en la Parroquia. Los dos eran de Tudela, y en Tudela residirán los dos hasta su muerte.

Los murchantinos mejores se consuelan con que tienen a Don Pedro cerca -cinco kilómetros se recorren muy fácilmente- y lo tendrán a su disposición siempre que les sea necesario.

Atrás quedaba para Don Pedro un pueblo muy querido. La Parroquia le había dado lo mejor para realizar sus sueños sacerdotales. Allí había nacido la idea de las Casas de Ejercicios. Murchante, con generosidad cristiana, le había entregado sus hijas, muchas y óptimas, para formar la Congregación. **¡Cuánto quiero quererlo!**, había dicho aquel lejano 24 de Marzo al contemplar Murchante desde la carretera. Ahora, desandaba el camino repitiéndose: **¡Cuánto que lo he querido!...**

Aquellas heroínas primeras...

Dejamos la Comunidad primitiva -vamos a llamarla así, como a la Iglesia de los Apóstoles-, iniciada en 1928, poniendo en marcha la Casa de Tudela, que muy luego se expande a cuatro más. Pronto van a saber las Hermanas lo que es la persecución.

Durante la República, las de Tudela tienen que escapar un día a Murchante porque iban a incendiar la Casa de Ejercicios...

Al llegar la Guerra Civil, las de la Casa de Madrid son apresadas y las de Barcelona tienen que huir a Roma... La Casa de Burlada y la de Tudela no padecen persecución durante la guerra, pero saben lo que es verse privadas de todo, porque han tenido que entregar para los heridos todos los colchones y sábanas, y las Hermanas se han visto obligadas a dormir en colchonetas de paja sobre el suelo...

Después, viene el hambre. Hay días que se tienen que contentar con algunas sardinas. Varias Hermanas presentan síntomas de seria desnutrición. Don Pedro, tan valiente consigo mismo, sufre ahora hasta llorar, y, como las Hermanas no tienen aún Votos públicos, las deja en libertad para que se vayan las que no puedan seguir:

- *Marchad con libertad y sin miedo, pero no perdáis vuestra vocación.*

Más aún, limita el número a la mínima expresión y despide a las demás. Antes de ejecutar semejante decisión, les encarga encomendar el asunto a Dios y responderle por escrito en sobre cerrado. Y viene la respuesta generosa:

- *¡No nos vamos!*

Y añade una:

- *Yo no valgo para el campo. Pero irá la primera a la huerta a trabajar, y con sólo la verdura pasaremos.*

La prueba resultó dura, vencida sin embargo por el heroísmo de las Hermanas. Don Pedro había expuesto a Monseñor Badía, el Obispo renuente a dar la aprobación, que quería unas Religio-

sas “*dispuestas al sacrificio*”. Ahora tenía la respuesta más concluyente... El Padre podía estar orgulloso de sus hijas, a quienes tenía dicho que las quería “*recias y fuertes*”...

En la prueba, le servían siempre de alivio las palabras que un día le dijo María, cuando él no veía más que problemas:

- *Padre, el Señor me ha dicho: dile al Padre que no tenga duda en las cosas de la Obra ni en lo que toca a vosotras. Que cuando tiene que resolver alguna cosa, ¡como lo quiero tanto!, le inspiro lo que tiene que hacer.*

La palabra de María es ésta, sin tergiversaciones. Don Pedro, por humildad, quiso rectificar: *Aquí debe haber una equivocación. Parece que tiene que poner: “como LA quiero tanto, es decir, la Obra”*. Pero María puso un **LO** bien clarito...

Formando a sus hijas

Don Pedro no va a tener en adelante más que una ilusión, una tarea y una misión: dirigir a las Esclavas de Cristo Rey en su entrega a Dios y formarlas para la misión.

Viene con un corazón inmenso:

- *¡Amo tanto a la Congregación! Es tan del Corazón de Jesús, que desearía fuera la más ob-servante, la más sólidamente formada, la más santa. Y esto lo quiero de cada una de vosotras, ya que sin esto lo demás vale poco.*

Cuando el Fundador deja la Parroquia y se establece en Tudela, Roma ha aprobado ya la Congregación y las Constituciones como experimento. El Obispo Padre Mutiloa ha escuchado a todas las Hermanas y en Mayo de 1941 nombra a Madre Aurea como Superiora General. Aquel primer grupo de murchantinas se ha engrosado con otras vocaciones selectas, venidas de toda Navarra y otras Provincias, y cuentan ya con varias Casas de Ejercicios.

En los años pasados, Don Pedro tenía que gobernar personalmente la Congregación, aunque tuviera mucho respeto a las Superioras de las Casas. Ahora, con un Gobierno General constituido, se limita a una supervisión moderada. Tiene que extremar la delicadeza. Aconseja. Orienta. Evita roces. Y sufre cuando se toman decisiones contrarias a su parecer personal. Pero sabe que a él ya no le toca. Ora mucho. Y confía también mucho, porque, eso sí, reina la caridad, la unión, el respeto, y las Superioras lo aman y le consultan siempre.

Así compenetrado con las Superioras, vela por las nuevas fundaciones, viaja, las visita, exhorta, anima... Y reduce su papel a formar a todas en la virtud más sólida. Sus palabras estimulan siempre al fervor.

- *¡A ser como una lámpara que arde viva y sin interrupción ante el Santísimo, hasta el último momento de su vida iluminativa. Somos de Jesús, y por esto no debe haber en nosotros ni un pestañear que no sea para Él.*

Las quiere a sus hijas como es él mismo: almas de oración:

- *El espíritu queda ahogado por demasiadas cosas exteriores... Es necesaria la oración, la contemplación, el hablar con Jesús, con su Corazón divino. Esto es lo fundamental, el aceite de la lámpara, la vida de las obras y trabajos, el alma de todo apostolado.*

El lema de siempre se lo quiere meter hasta la médula:

- *Ya sabéis cuál es nuestro programa: consumirnos y agotarnos constantemente en todo nuestro ser, físico, intelectual y moral por la gloria de Dios y la salvación de las almas.*

Acentúa mucho la formación en la humildad:

- *¡Humildad, humildad, humildad! ¿Queréis levantar edificios suntuosos de santidad? Pensad primero en el fundamento de la humildad; sin esto, lo demás es inestable, ruinoso, pobre, aparente.*

Obsesionado por la obediencia a la Iglesia, es un modelo para sus hijas:

- *Amor al Papa, a la Iglesia, al Obispo, y veneración a todos los que sean Superiores. ¡Obediencia a la Santa Sede!*

Quiere ejemplaridad ante los ejercitantes:

- *Ahora que comenzamos la vida pública de la Congregación, hay que ganar a las almas con amabilidad y buen ejemplo, hasta que vean a una Esclava de Cristo Rey como el modelo de la perfección.*

Las hijas iban realizando el ideal del Fundador. Hasta que Aurea pudo escribir:

- *Éramos felices, muy felices; lo llevábamos todo con ilusión y mucho fervor. Nuestro Padre nos ayudaba poniendo ese fuego de su santidad. Y las Comunidades eran un horno encendido.*

Don Pedro siguió hasta el fin de sus días formando a sus entrañables hijas. Y las vio partir gozoso en Julio de 1951 hacia Venezuela, primera expansión de la Congregación en tierras lejanas. Antes de irse el Fundador al Cielo, ya atendían allí las Esclavas de Cristo Rey varios Colegios, llevaban adelante dos Casas de Ejercicios y estaban a punto de abrir una tercera, como el sueño dorado de siempre...

El viaje a Roma

Una ilusión grandemente sentida, que al fin puede realizar en el año de su Jubileo de Oro Sacerdotal. Lo lleva a Roma su devoción al Papa, su amor a la Iglesia que está en la Ciudad Eterna, y el interés por su Congregación. Declina ya el año 1952. Diciembre, mes frío. La salud de Don Pedro vale para muy poco, pero nota la ayuda de Dios en todo el viaje, pues *“desde que salí de casa -nos dice- Dios me fue poniendo en la mano todas las ayudas físicas que necesitaba”*. Aparte de que se encontró con verdaderos ángeles custodios en personas tan queridas como el jesuita Padre Azcona que salió a esperarlo, el claretiano murchantino Padre Lorente y la Madre Carmen Munárriz, su secretaria y ayudante durante los veintiún días que permaneció en Roma.

Hombre de grandes sentimientos y de mucha fe, experimentó Don Pedro emociones hondas ante la tumba de su queridísimo Papa San Pío X. Ardía de devoción en las cuatro Basílicas Mayores y en las catacumbas. Ni que decir tiene su ilusión de visitar el sepulcro de San Ignacio de Loyola en el Gesù... Se sintió verdadero peregrino, y no un vano turista.

El día 8, sin arredrarse por el frío, asiste al tradicional homenaje del Papa y de Roma entera a la Inmaculada en su monumento de la Plaza de España. ¡Cuántos recuerdos de la fiesta de su Parroquia! ¡Qué gozo el de este hijo enamorado de la Inmaculada!...

La visita al General de la Compañía le dejó encantado. El Padre Janssens le decía con sencillez y cordialidad: *La Compañía está muy agradecida a su Congregación por la cooperación que le presta en un ministerio de tanta trascendencia para la gloria de Dios...* La Universidad Gregoriana, el Instituto Bíblico y el Oriental... Todo, en fin, lo de la Compañía le llenaba el alma.

Particular relieve tenía para Don Pedro la visita a la Congregación de Religiosos en orden a la aprobación definitiva de las Esclavas de Cristo Rey. Allí se encontró con el famoso Secretario Padre Larraona, futuro Cardenal, que lo invitó a su mesa y con el que trabó una honda amistad. Aquellos dos grandes navarros se compenetraron muy pronto, pues los santos se entienden a la primera. *-Dígale a Don Pedro -dirá pronto el Padre Larraona- que ya sabe que lo quiero mucho. Si lo de la aprobación no está hecho aún es porque no ha dependido sólo de mí...*

Todo iba resultando muy bien. Pero el día 16 fue el grande de verdad. Una audiencia privada, tranquila y sin prisas con el Papa Pío XII, que le invita a que le cuente todo. Y Don Pedro le habla de su Parroquia, de las Casas de Ejercicios, de sus Religiosas y de sus asuntos personales. Tenemos sus mismas palabras:

- Santo Padre, he estado 36 años de Cura Párroco en Murchante, pueblo eminentemente católico, del que han salido muchos sacerdotes, religiosos y religiosas...

Pensé detenidamente cuánta gloria se podría dar a Dios y cuántas almas se podrían salvar con la práctica de los Santos Ejercicios en completo retiro y según el método de San Ignacio, y puse manos a la obra...

A estas horas son 130 las Esclavas que han emitido sus votos en la Congregación, y por las diez Casas de España y dos de Venezuela han pasado más de 140.000 ejercitantes...

Por mí, le agradezco el haberme concedido la gracia de poder emitir mi profesión en la Compañía in articulo mortis...

Voy a celebrar el próximo día 27 mis Bodas de Oro sacerdotales, y le pido desde ahora su bendición...

Además, Santo Padre, aquí le traigo este pequeño obsequio: 40.000 pesetas para las Misiones de infieles y otras 40.000 para las obras que Vuestra Santidad quiera...

El Papa sonreía complacido y tocó todos los recuerdos que Don Pedro le presentaba. Un beso final a las manos de aquel Papa excelso, y sale de su presencia con una emoción honda que le va a durar el resto de su vida... ¡Hay que ver cómo contaba Don Pedro, hombre de tanta fe, esta visita a Roma!...

Hacia el ocaso

Regresa a España, y, antes de llegar a Tudela, una visita obligada a la Virgen del Pilar en Zaragoza, ¡con lo que la quiere!...

Y en la misma Zaragoza, otra visita además a la Madre Genoveva -hoy Beata Genoveva Torres-, la Fundadora de las Religiosas Angélicas. Ambos Fundadores se conocen y se quieren mucho en el Señor. Se entienden bien, se consultan y se animan mutuamente. Juntos se irán al Cielo —la Madre se adelantó ocho meses— y esperamos que juntos estarán en los altares, aunque Genoveva se haya tomado también la delantera...

Cinco días más tarde, el 27 de Diciembre, celebra sus Bodas de Oro Sacerdotales. Quiere intimidad, y le basta con la compañía y el gozo de sus hijas en la Casa de Ejercicios. Pero no se le hace caso. Y llegan las felicitaciones de muchas partes, con más de cien cartas. El Papa que le manda un telegrama... El Obispo, Monseñor Hurtado, que se hace presente en la celebración y se reserva la predicación... El Cabildo Catedral, que asiste en pleno... El Ayuntamiento de Murchante, que le entrega en bello pergamino enmarcado el título de Hijo Adoptivo... Y muchas personas de Tudela y de Murchante que le demuestran su cariño y agradecimiento... Una Religiosa de la Consolación, desde Venezuela, le manda regalos valiosísimos recibidos de sus alumnas, y, grabado en oro, su nombre con el título que más le enorgullece: "*Pedro del Sagrado Corazón*"...

Termina el día, y va a empezar, casi como por ensalmo, el último calvario de la enfermedad, que se prolongará casi por cuatro años. El silencio, la oración, el sacrificio, la renuncia a sus actividades apostólicas, van a ser su última tarea y el postrer servicio a la Obra de los Ejercicios, a la Congregación y a la Iglesia.

Un hecho, insignificante al parecer, nos revela los sentimientos de Don Pedro en estos sus últimos días. Era un año antes de su muerte cuando se ordenó de sacerdote un hijo de Murchante, el mayor de cuatro hermanos Misioneros Claretianos que se acercarían al Altar, y con la única hermana a punto de ingresar religiosa. El predicador de la Primera Misa solemne, otro hijo del pueblo. Don Pedro, naturalmente, no pudo hacerse presente, pues estaba clavado por la enfermedad en su silla. Al día siguiente fueron todos a Tudela junto con sus padres para visitar al querido Párroco, porque todos se consideraban hechura suya.

¡Había que ver la alegría de Don Pedro! El padre del misacantano, cristiano por todos los costados, se hinca de rodillas ante el venerado Párroco, mientras le ofrece sus cinco hijos consagrados a Dios. Don Pedro le impone las manos en la cabeza, a la vez que le va diciendo emocionado con voz sostenida:

- *¡Ven aquí, Demetrio!!!...*

Era la bendición de un patriarca a otro patriarca. El uno expresaba su gozo al ver cómo habían fructificado todos sus afanes sacerdotales en las familias de la Parroquia, y con lo que más le ilusionaba, como eran tantas vocaciones a la Vida Consagrada. El otro, agradecía a Dios la mucha gracia recibida del Cielo por medio de aquel Sacerdote santo.

Por otra parte, pronto había llegado a sus oídos el “cuento” del sermón, y le dice al predicador, ante su extrañeza:

- *¡Qué alegría que me diste al enterarme, y cuánto que te agradezco el recuerdo que tuviste del Cardenal Gomá!*

Algo también que retrataba de cuerpo entero a Don Pedro, siempre tan entregado a su Obispo.

Aunque el Obispo y Pastor había sabido corresponder a la fidelidad del Sacerdote y del Párroco. El novel predicador de aquel día -y que ahora escribe esto- no había escuchado aún la cinta magnetofónica que grabaría el Obispo Monseñor Granados, antiguo Secretario del gran Cardenal. Ambos se hallaban en Burlada durante la Guerra Civil, cuando ven pasar a un Cura -*extremadamente sencillo, pero de una gravedad sacerdotal impresionante*-, del que tantas veces el Cardenal había hablado a su Secretario en Toledo. Ahora le dice con voz queda:

- *Ése es Don Pedro Legaria, el Sacerdote más santo que yo conozco.*

Y el eminente Purpurado había conocido a muchos sacerdotes en su vida...

El final de un santo

Don Pedro, con 78 años cumplidos, una salud quebrantada, y con dolores muy fuertes y continuos, ya no estaba para nada y su vida era una inmolación. La enfermedad de los huesos, la artritis crónica, los dolores en la cabeza y la inmovilidad a que se vio sometido un hombre tan febril, fueron la cruz en que se vio sujeto durante los cuatro años últimos, a partir de su vuelta de Roma. Al principio, antes de quedar definitivamente en la silla y con grandes esfuerzos, no dejaba ni los Retiros mensuales del Clero:

- *He de dar ejemplo, sobre todo a los Sacerdotes jóvenes.*

Y al Médico que le manda dejar el Breviario, le contesta:

- *Es una obligación muy grave que pesa sobre mí.*

- *Más grave es la obligación mía de prohibirle que lo rece.*

En esta situación, renuncia generosamente a la ilusión de visitar a sus hijas que trabajan allende el mar.

Menos mal que tiene libres las manos, y durante este largo período puede tomar los libros, escribir y realizar otros menesteres. Cada día hacen rodar su silla para llevarlo a la Santa Misa y a la Bendición del Santísimo. Piden a la Santa Sede la facultad de poder celebrar sentado, pero la concesión llega tarde...

El 27 de Septiembre de 1956 se agrava seriamente. El Padre Lasa, Rector del Colegio, se presenta en la Casa, le administra los Sacramentos, y le adivina el pensamiento más hondo:

- *¿Qué más, Don Pedro?*

- *Sí, Padre. Usted va a recibir mis Votos en la Compañía.*

Pronuncia la Profesión con voz clara, que oyen emocionadas desde el pasillo todas las Religiosas, Novicias y Postulantes. El Padre le impone la faja... y, con este detalle, Don Pedro se siente jesuita completo. El Señor le colmaba su gran deseo de siempre.

Antes de irse definitivamente, puede decir: *Ofrezco mi vida por el Papa, por la Iglesia, por la Congregación...*

El sábado 30, cuando el reloj avanza las agujas hacia los últimos minutos del día, el moribundo se da unos golpes de pecho, y a la voz de la Madre General que le dicta: *-¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!*, responde vigorosamente: *-¡Sí!...* Fue su última palabra.

¿Después?... Ya lo sabemos: visitas al cadáver, condolencias, oraciones fervorosas, como la de la mamá que trae a sus dos niños:

- ¡Mirad, hijos míos, que es un santo! ¡Y pedidle, pedidle, que es un santo!...

La noticia por Radio Nacional y algunos artículos en periódicos venían a decir que el difunto no había sido un cualquiera.

Años más tarde, traslación de los restos desde el panteón de los Jesuitas a la Capilla de la Casa de Cristo Rey, presidida por el Arzobispo de Pamplona Cardenal Arturo Tabera, al que dejamos la última palabra:

- De poco serviría una biografía o un retrato si su figura no estuviera retratada en nuestras almas. Pedro Legaria es un santo, y ojalá sea pronto reconocido por la Iglesia.

El primer paso para este reconocimiento ya lo dio el Arzobispo José María Cirarda con la apertura del Proceso de Beatificación, al que seguiría en Roma la declaración de las Virtudes heroicas por el Papa Juan Pablo II que le confería el título de Venerable. ¿Lo veremos pronto en los altares?...

A. M. D. G.